

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Warner
BAXTER

Myrna
LOY





EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbadá, 16 - Barcelona

EDITORIAL

"ALAS"

Publicación semanal

Año XI

Núm. 195

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

Estrictamente confidencial

Un formidable film de Frank Capra sobre
la vida, milagros y secretos del «turf»
(hipódromo) magníficamente interpretado
por la notable pareja

WARNER BAXTER

y

MYRNA LOY

SUPERPRODUCCION

COLUMBIA FILMS, S. A.

Casa Central: Av. 14 de Abril, 484 - Teléfono 80141 - BARCELONA

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Dan Brooks	WARNER BAXTER
Alicia	MYRNA LOY
J. L. Higgins	Walter Connolly
Margarita	Helen Vinson
Eddie Morgan	Douglas Dumbrille
Coronel Pittigrew	Raymon Walburn
Happy McGuire.	Lynne Overman
Blanquillo.	Clarence Muse
Edna Margaret	Margaret Hamilton
Ted Williams.	Frankie Darro

Estrictamente confidencial

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PRESENTACION DEL SEÑOR JEREMIAS HIGGINS



ENEMOS el honor de presentar al respetable y temido Higgins. Es el caballero cuya imponente masa de piedra, corona el monumento que figura en el centro de la Plaza Mayor de Higgins.

Todos los habitantes de Higginsville pasan por lo menos una o dos veces cada día por delante del monumento del fundador de la villa. Y una o dos veces diarias, todos los habitantes de la villa tienen la satisfacción secreta de dirigir una mirada llena de odio y rencor a la efigie del «Emperador».

Higgins es el centro de todo lo que vive, respira y se mueve en Higginsville. Es el amo de las grandes fábricas que han convertido el antes apacible valle con un rincón febril y de estruendo. Es el dictador de la vida de los habitantes de su «feudo»: es un imponente caballero ahito de millones y de soberbia.

—Tiene el pueblo dentro del puño—dice la gente al hablar de él.

Higgins es de esos hombres ante los cuales uno no puede sostener la mirada: de esos que ordenan y mandan, de esos que cuando abren la boca, todo el mundo se echa a temblar.

—NARRACIÓN DEL FILM POR—

C. GOTARREDONA

Hoy ha dicho a su secretaria:

—Para esta noche convoque a los yernos.

La orden ha puesto en conmoción a toda la oficina. La secretaria ha salido del despacho del jefe como un cohete. Alguien iba a decirle algo.

—No me maree. Tengo que avisar a todos los yernos—y se ha abalanzado al teléfono.

—¿Es que tiene muchos yernos el señor Higgins? dirá el lector. No: solamente cuatro. Higgins, que en todo ha impuesto su santa voluntad, no pudo tener un sólo hijo. Le hubiera gustado, indudablemente, tener un sucesor que heredar su dinastía, pero su voluntad no pintó nada y la señora Higgins—que ya desapareció hace tiempo del mundo—fué dándole sucesivamente, hasta cuatro hijas.

Hay en la vida del señor Higgins cierta persistencia del signo femenino. Creó cuatro hijas, cuatro fábricas, una fortuna, fundó una villa...

La secretaria ha empezado a convocar a los yernos.

El señor Higgins, a medida que se extendía su poder y los años iban limitando su actividad, fué casando a las hijas. Cada yerno es el gerente de una industria. Esto tiene sus ventajas económicas, nada despreciables para un buen industrial.

La secretaria ha llamado sucesiva-

mente a la «Fundición Higgins», a cuyo frente figura el señor Early, provisto de una cabeza tan dura, como los productos que salen de su fundición; al señor Arthur Winsloe, encargado de la gerencia de la fábrica de conservas vegetales Higgins, y, finalmente, ha tratado de ponerse al habla con el señor Brooks, gerente de la «Fábrica de Cartón Higgins».

Para hablar con el señor Brooks ha tenido que seguirse el siguiente conducto: llamar a la fábrica, convenirse de que hacía tres días no había parecido por allí el interesado; llamar a su propio domicilio donde tampoco estaba.

—¿Usted sabe lo exigente que es su padre?—ha advertido la secretaria a Margarita, la esposa de Brooks.

—Quédese tranquila, señora Peterson: yo le avisaré—ha prometido Margarita.

Margarita se apresuró a mandar un recado a su marido, el cual, si no va a la fábrica, se encuentra siempre en una finca de las cercanías, cuidando al caballo «Broadway Bill».

Media hora después, llega un hombre con la noticia:

—Su señora le manda a decir que esta noche hay junta.

Pero Brooks está excitado: su caballo acaba de batir su propio record y para él no existen en este momento ni la fábrica ni el imponente Em-

perador de Higginsville, así es, que despidió al recadero a cajas destempladas:

—¡Largo de aquí!

—¡La señora dice que no olvide que es urgente!

Brooks es un hombre fuerte, vigoroso, joven, rebosante de energía y entusiasmo. Está fuera de sí con la carrera que acaba de darle «Broadway Bill».

Se acerca a él sonriente, su cuñada Alicia. Se ve en seguida que está satisfecha del triunfo de Brooks.

—¡Si sigue así, batirá todos los records!—dice a la joven, al tiempo que dirige una mirada de satisfacción al caballo a quien el negro «Blanquillo», su fiel criado, conduce del ronzal.

El caballo es de noble estampa, vivo, lustroso, como si ya de antemano hubiese nacido para los triunfos del «turf». Sobre su lomo, hace prodigios de equilibrio un gallo, amigo del caballo.

—La señorita Alicia enseñó a «Mosquito» a ir a caballo—dice el negro.

—Según parece, te pasas el día en la cuadra—dice Brooks amonestando a su cuñada con fingida seriedad—. ¡Cuidado con el emperador Higgins!

Alicia se encoge de hombros.

—Papá no me toma en serio.

«Blanquillo» se lleva al caballo y a «Mosquito».

—¿Por qué no te casas?—dice Brooks al quedarse solos de nuevo.

—¿Para qué? ¿Para dar a papá el gerente de otra empresa?—responde ella con malicia.

Brooks sonríe y advierte a «Blanquillo»:

—Antes de encerrarlo pásalo un poco. Pero si le das más de seis zanahorias, ¡te asesino!

—¡Qué gran caballo!—dice Alicia.

Brooks, con los ojos resplandecientes, asiente con la cabeza:

—Es fuerte, de buena raza y parece que tiene conocimiento de lo que hace.

—¿Por qué no lo llevas a las carreras?

Brooks no contesta. Alicia le mira a los ojos.

—Pruébalo. Quieres ser libre y te lo apruebo. Si tu vida son los caballos, ¿por qué has de estar subordinado bajo la tutela de papá que te obliga a fabricar cajas de cartón?

Brooks se muerde los labios.

—Eres un pobre hombre. ¡Pronto serás otro esclavo del señor Higgins!

Y Alicia echa a correr hacia el camino donde ha dejado el auto. Brooks la sigue con la mirada. ¡Qué gran mujer es Alicia! Fuerte, voluntariosa, independiente, con una gran conciencia de su propio valer.

En cambio, Brooks, piensa en su mujer, Margarita, subordinada a los caprichos de su padre, siempre temerosa de disgustarle...

Se aproxima «Blanquillo», dando vueltas a la gorra entre las manos.

—Quisiera decirle algo—balbucea.

—¿Qué hay?

—Usted sabe que yo no miento, ni robo. Soy un buen cristiano...

—Bueno, habla—dice Brooks impaciente.

—Estos días no he hecho más que darle vueltas a la cabeza y siempre paro en lo mismo. ¡Usted debe hacer correr a «Broadway Bill»!

Dan le vuelve la espalda.

—¡Tú no tienes derecho a opinar! —le dice secamente marchándose.

Por la noche, Dan Brooks, mientras él y su mujer se están vistiendo para ir a la junta, dice:

—¡Imagínate, Margarita: Un minuto y cuatro segundos. ¿Qué te parece?

Ella se vuelve sorprendida:

—¿Pero, de qué me hablas?

—¡De «Broadway Bill»!

Margarita hace un gesto de indiferencia, y advirtiéndole que aún está muy retrasado, dice:

—Si no te vistes llegaremos tarde.

¡Qué fría es Margarita! Sin embargo, Dan la quiere. Y si ella compartiese su espíritu aventurero, inquieto, y su afición a los caballos,

aun la querría más. ¡Si al menos fuese como Alicia!...

—Dejemos plantado al viejo—propone Dan abrazándola—. Hace una luna maravillosa. ¡No vayamos a la junta!

—Si faltamos, le da un ataque a papá.

—¿Para qué quiere que vayamos si allí no habla nadie más que él! ¡Me duele el cuello de tanto decir que sí con la cabeza.

Margarita besa a Brooks y le dice maternalmente:

—¡No digas tonterías!

Dan pasea por la estancia como un chiquillo inquieto.

—Debiéramos acabar la junta a pedradas, hacer algo original—dice.

—A ti no te gustaría que te hiciera nido—indica Margarita reconviéndole.

Es una lástima que este matrimonio que indudablemente se quiera, que no congenien. Dan representa el espíritu de la libertad y Margarita el de la sumisión. Entre ambos se interpone la gruesa y antipática figura del viejo que sigue dominando en el espíritu de ella, como cuando tenía diez años. En cambio Dan, siente una incontenible antipatía por el viejo, cuyo monumento piensa, un día, apedrear.

—Date prisa—dice Margarita.

—¿Qué hacemos con la luna?—

pregunta Dan volviendo a la realidad.

—Dejémosla. Más importante es el Consejo de esta noche.

Hay algo que a Dan le hace profundamente desagradable la reunión de esta noche. Es el presentimiento de que el Emperador ha de echarle en cara el abandono en que tiene la fábrica.

En el coche, mientras se dirigen a la casa de Higgins, Dan propone con una tranquilidad que sorprende a Margarita.

—Tu y yo deberíamos marcharnos lejos. Aquí no hacemos más que vegetar.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Vámonos a cualquier parte. Yo sólo quiero vivir. Seguir mi vida...

—¿En los hipódromos?—pregunta Margarita con cierta ironía.

—Donde sea... Peor es fabricar cajas de cartón.

Margarita piensa unos segundos. Y luego pregunta:

—¿Tú quieres que me vaya contigo a vivir como gitanos, sin nada seguro?

—¿Qué soy yo aquí? ¡Un parásito! Me dan comida y casa porque soy tu marido.

Hay tanto de verdad en eso, que Margarita trata de borrar esta mala impresión.

—No digas eso. Papá te estima mucho y algún día...

—¡Herederé su cetro!

La llegada al palacio que ocupa Higgins corta esta conversación desagradable. Las ventanas del salón están iluminadas como en los días de gran gala. Higgins tiene la costumbre de reunir a sus hijos y yernos con gran aparato, «aunque en la casa no se encuentra ni una gota de whisky», según observa Dan.

Tal como Margarita se temía, han hecho tarde. Los otros yernos ya se hallan en el salón. Allí reina un silencio hostil. Dan ya sabe que a su entrada, Higgins, se sacará el reloj, mirará la hora y luego lo fulminará con una mirada acusadora. Dan sabe que en torno de él los yernos formarán una muralla de frialdad y que sus cuñadas estarán con él displicentes. La cuestión es dar a Higgins la sensación de que Brooks es realmente una persona desagradable. La propia Margarita estará más reservada con él. La única que le sonreirá y se atreverá a contarle un chiste en voz alta, será Alicia, independiente de las demás.

A Dan esto le hace la impresión de sentirse como metido dentro de una barra de hielo que tuviera una especie de ventanilla a través de la cual pudiera hablar con Alicia. La

figura es absurda pero esa es exactamente la impresión de Dan.

Con su voz campanuda y espaciada, Higgins ha abierto la Junta.

—Esta mañana compramos el aserradero Acme. De hoy en adelante se llamará el aserradero Higgins. ¿Están todos conformes?

Y el viejo dirige una mirada escrutadora a los presentes. Todos están conformes. El viejo prosigue:

—El aserradero permanecerá sin gerente, hasta que un hombre, práctico y capaz, ocupe esa silla...

—Te cansarás de esperar—dice Alicia interrumpiéndole—. Mi marido no será aserrador.

—¡No faltes al respeto, Alicia! Todos nuestros negocios han prosperado notablemente—prosigue Higgins—menos la fábrica de cajas de cartón. Las ventas han disminuído de una manera alarmante. Aquí tengo los comprobantes. En el primer trimestre, la venta de la caja número 4 ha bajado un 14 por 100. Y nuestra caja especial, el orgullo de la fábrica, bajó un 22 por 100. La fábrica no puede prosperar porque le falta dirección. El gerente se pasa los días detrás de un caballo. Creo que hablo claro.

El Emperador gusta de hablar así. Sus discursos, en los Consejos, son a modo de una ducha que va dejando caer un agua helada, cuyas gotas

se clavan como agujas en la carne de Brooks. Pero hoy, el viejo dictador, está más agresivo que nunca. Y después de una pausa, prosigue, entre la expectación de los asistentes:

—Usted entró pobre en mi casa. Hasta entonces, no había hecho más que vagabundear por los hipódromos. Pasé eso por alto y permití que Margarita se casara con usted. Le di el mejor de mis negocios. Usted aceptó entusiasmado. Sus cuñados le envidiaban. Los dos primeros años, los negocios fueron buenos, pero últimamente la compañía ha decaído y la causa de todo ha sido su negligencia. De mañana en adelante, dedíquese exclusivamente a sus negocios. Le exijo que venda el caballo.

Dan Brooks lo ha oído todo sin pestañear. Pero al oír la última frase ha levantado la cabeza y ha mirado en derredor. Todos le miraban como si el fuego de las palabras del emperador se hubiese comunicado a ellos, y cuñadas y cuñados parecía que también le exigieran lo mismo. ¡Hasta Margarita! Sólo había unos ojos, azules y puros, que se clavaron en los suyos como incitándole a rebelarse: eran los de Alicia.

—Un momento, señor Higgins. Como no pienso vender mi caballo, me iré. He descuidado la fábrica,

por que la odio. ¡Eso está bien para mis cuñados, pero no para mí! Quizá usted me tome por loco, pero yo tengo la misma opinión de todos ustedes, de Higgingsville y de todos los Higgins! ¡No piensan más que en enriquecerse a costa de la sangre de los pobres! ¡Usted morirá de ambición, en su mísero reinado, pero yo no! ¡Ni por usted ni por nadie, venderé a Broadway Bill! Margarita y yo nos vamos. ¡Ponga a otro a hacer cajas de cartón! ¡Te espero a fuera, Margarita!

Y Dan se levanta enfurecido, haciendo una seña a Margarita para que le siga.

Pero Margarita no se mueve de su silla.

—Por mí no te esperes: yo me quedo.

Jeremías Higgins sigue dominando en el espíritu de Margarita.

Sólo una persona, esta noche, ha estado por encima de la opinión del Consejo. Cuando, al marchar Dan, se ha formado un murmullo de acusaciones, ella ha abandonado el salón y se ha encerrado en su cuarto. Una hora después, al recogerse, Hig-

gings ha entrado en su cuarto para darle las buenas noches. Alicia, que aún no se había desvestido y se hallaba de bruce en la cama, se ha vuelto y ha dicho a su padre:

—Me alegro que Dan se haya ido. Debía haberse marchado hace tiempo.

Higgins se ha callado. Está acostumbrado a las «cosas» de Alicia.

—Papá: tu imperio se está desmoronando. ¡El príncipe heredero se fugó! Eres un emperador poderoso, pero su voluntad es más fuerte que la tuya.

Y Alicia se ríe con una risa histérica, de esas que a la menor convulsión se convierten en llanto. Higgins que no entiende de complicaciones psicológicas, pregunta:

—¿Qué te pasa, di? ¿Qué te pasa? ¿Acaso te alegra todo lo que me sucede?

—¡Sí! Me alegro. Me alegro tanto, que me reiría hasta caerme desmayada. ¡Cómo he rezado por él! ¡Ojalá no vuelva!

Higgins no comprende. ¡No puede comprender!

LA VIDA EMPIEZA HOY

Cuando un hombre se despereza sobre la banqueta del coche y dice satisfecho mientras abre los brazos entumecidos en un gesto que no parece un desperezo sino un abrazo cordial al mundo: «Estoy como si me hubiera quitado diez años de encima», demuestra que es feliz.

Dan se ha quitado no diez años, sino un lastre que ya pesaba excesivamente. Se abren ante sí nuevos caminos. Se va de caza a lo imprevisto y lo bello. Uno se mueve con esa sensación de libertad que debe experimentar un hombre largo tiempo recluido en la cárcel que recobrase de pronto la libertad.

Está plenamente satisfecho de sí mismo: de la contestación dada al Emperador, de la decisión que aca-

ba de tomar, de todo; sólo una cosa le pesa: la desertión de Margarita.

—¡Bah! ¡Ella comprenderá y volverá a mí!

Desde este día magnífico Dan volvió a sentirse de nuevo incorporado a la vida.

Había marchado con Bradway Bill y «Blanquillo» hacia la gran ciudad donde iban a celebrarse en breve unas sensacionales carreras. Iba con la esperanza más risueña.

Llegaron dos días después a la gran ciudad y se sumergieron en el estruendo de sus calles para atravesarla de parte a parte camino del hipódromo.

Empezaban a llegar los caballos «célebres» que iban a tomar parte en la gran carrera. Nadie reparaba

en el modesto «Bradway Bill» que llegaba en su humilde camión, sin más que el acompañamiento indispensable.

En cambio, ellos vieron, al pasar por delante de la estación, como el público se apretujaba para presenciar la llegada de «Gallant Lady», el caballo favorito que venía en vagón especial, atendido por un numeroso grupo de servidores.

El que parecía el encargado contenía al público agolpado ante el vagón; con cierta brutalidad. El caballo le daba importancia.

—¡Fuera! ¡Fuera!—decía—. «Gallant Lady» es muy aristócrata para rozarse con vosotros.

Dan, que se había asomado, oyó que dos comentaban:

—¡Esa yegua ganará el primer premio!

Brooks volvió a empuñar el volante y poco después llegaban al hipódromo. Allí respiró a pleno pulmón. Todo aquello le era familiar. Su primera visita fué para el director del hipódromo, viejo amigo suyo, en tanto que Blanquillo se quedaba en el auto cuidando de «Broadway Bill».

—Dudo que tu caballo gane el primer premio—díjole el director después de oír la narración de las heroicidades de «Broadway Bill».

—Tú verás. Nadie más que yo sa-

be lo que es capaz de hacer «Broadway Bill».

—No podrá ganar a «Gallant Lady».

—Espera y verás quién es «Broadway Bill».

—Te compadezco, Dan. Se ve que dejaste el sentido común dentro de una caja de cartón.

—¿Cuánto son los derechos de inscripción?

—Quinientos dólares. El premio es de 25.000. Puedes pagar hasta la víspera de la carrera. Aun faltan dos semanas. Eso sí: has de inscribirlo en seguida.

—¿Y cuánto cuesta eso?

—¿Cincuenta dólares?

No llevaba tal cantidad y tuvo que salir a pedir dinero a Blanquillo.

—Mira, Blanquillo, necesito cinco dólares—dijo después de contar el dinero que le quedaba disponible. ¿Cuánto dinero tienes?

—¡Pobré de mí!—dijo el negro poniendo la cara desolada—. ¡Lo único que me queda es este pobre dólar huérfano!

Dan conocía a Blanquillo lo suficiente para saber incluso que guardaba sus ahorros en el fondo del zapato derecho. Y como no era cuestión de andarse con contemplaciones le descalzó y se apoderó de los dólares que necesitaba.

La segunda complicación no se

hizo esperar. Hecha la inscripción el director le dijo:

—No tengo sitio en las cuadras. El último se lo dimos a Gallant Lady. Habla con Pop Jones. Su establo es viejo, pero te puede servir.

—Este Pop Jones es un viejo granjero, sordo y avaro que alquilaba una especie de granero a los caballos modestos cuando no cabían en las cuadras del hipódromo.

Mientras se dirigían allí, Blanquillo se lamentaba de su negra suerte.

—La vieja nos ayudará—dijo Bob, que estaba de muy buen humor.

—¿La vieja? ¿La vieja?

Dan explicó:

—La vieja, hombre, es la casualidad, una antigua protectora mía.

Llegaron a la destartada granja de Pop Jones. Era un viejo establo de madera con el techo de hojalata oxidada. Pero como Dan lo veía todo a través de su optimismo, le pareció magnífico.

—Esto lo han ocupado varios caballos célebres—decía el granjero.

—¿A quién se le compra la comida?—preguntó Dan?

—A mí.

—Magnífico: necesitamos avena, salvado, cebada, zanahorias y diez libras de sal. Tráiganoslo.

Pop Jones preguntó:

—¿De fiado?

Dan se puso serio:

—¿No tiene confianza en mí?

—No le conozco.

Pop torció el gesto.

—Le pagaré a fin de semana. Tráigame, además, dos camas...

—¿Van a dormir aquí?

—¡Claro! ¿Cree usted que voy a dejar solo a un caballo como éste? ¡Apueste por él y se hará rico! ¡Mi caballo ganará el primer premio!

Marchaba el viejo lentamente, rezongando, a preparar lo que Dan le había encargado, pero de pronto se paró en seco y dijo:

—Oiga usted...

Dan, buen observador, dijo a su criado:

—Blanquillo: ve al Banco a depositar el dinero. ¡Vamos, hombre!—añadió dirigiéndose al patrón—dése prisa que el potro tiene hambre.

Conjurada así la desconfianza del granjero, éste marchó definitivamente a preparar el pienso y las camas.

La instalación fué cosa fácil: el establo se componía de dos piezas y en una, la más pequeña, se improvisaron una pieza que desde aquel día haría las funciones de comedor, cocina y dormitorio. El talento improvisador de Dan, se demostró espléndidamente.

Después Dan se vistió lo más elegantemente que pudo. Era cuestión de visitar al coronel Pettigrew, un viejo amigo suyo, que se había en-

terado que se hallaba en la ciudad. Iría a pedirle dinero.

—El coronel Pettigrew—explicó a Blanquillo—siempre está dispuesto a ayudar a sus amigos... si tiene con qué...

Y Dan abandonó el establo, dispuesto a encontrar al coronel con objeto de pedirle un préstamo de 500 o 1000 dólares, con que hacer frente a los gastos que se le presentaban.

Ahora vamos a explicar la condición, situación y demás circunstancias que afectan a la persona del coronel Pettigrew. Para ello bastará solamente que el lector nos acompañe a la pensión de la señora Gibson.

En un salón que en un tiempo pasado fué elegante, limpio y en cierto modo confortable, hallaremos tres personas, dos de ellas sentadas en torno de una mesa redonda, jugando a los naipes y la tercera, separada, como quien busca la soledad, traza cifras cabalísticas en un papel que apoya sobre las rodillas. Sus pies descansan sobre la felpa de una silla fronteriza, cosa que desagrade a la señora Gibson, la cual, en dos o tres ocasiones, ya ha dicho:

—¡Coronel Pettigrew! ¡Quite los pies de las sillas!

El coronel obedece maquinalmente. No está en este mundo. Sus ideas divagan por las regiones donde las

cifras dan vueltas y se combinan bordando extrañas operaciones. Contempla brevemente sus cifras, con la misma delectación que un pintor debe contemplar su obra, y dijo:

—Si tuviera 50 dólares podría hacerme rico.

Este es el coronel Pettigrew, sólida esperanza de Dan Brooks.

Por lo demás, dejando aparte estas pequeñas cuestiones de dinero, el coronel Pettigrew es una persona encantadora. Su vida es un mosaico donde se mezcla todo lo bueno y todo lo malo que puede ocurrirle a un hombre. Tan pronto dispone de sumas enormes como se encuentra en la miseria. Sigue la vida errante e incierta del jugador de carreras. Ahora hace tiempo que está parado aquí porque no puede seguir adelante. Uno de los jugadores, es su compañero, socio o como se quiera llamar.

—A usted le falta poco para tirar piedras—le ha dicho.

—Fijaos en esta combinación—dice el coronel, mostrando sus apuntes.

—No creo en cuentos chinos.

—Esta tarde crearás porque voy a conseguir los 50 dólares.

—¿Quién se los va a dar?

—Un viejo amigo mío: Dan Brooks.

—Nadie que tenga 50 dólares pue-

de ser su amigo—afirma uno de ellos.

—¡Dan Brooks nunca me ha fallado! Hoy almorzaremos con él. Esta mañana me ha citado en el restaurant Astoria.

La cosa empieza a ponerse seria y el camarada de Pettigrew se interesa. El coronel le refiere lo que sabe de Dan: que es un rico hacendado, criador de caballos, casado con una rica heredera, etc.

A mediodía se encontraron, conforme estaba convenido, en el Astoria, el restaurante más caro de la localidad. Los tres muy elegantes; muy hambrientos los tres.

—Mi socio, Oscar Maguire—presenta Pettigrew.

—¡Estoy hambriento! —dice el presentado—. Tráigame de todo—advierde al mozo.

La comida les pone optimistas y la satisfacción les abre el ingenio. Cuando empiezan con la apetitosa sopa de tortuga, Dan Brook cree llegado el momento de formular su demanda.

—¿A qué cree usted que he venido?

—¡Ya sé que está nadando en la abundancia!—asevera el coronel.

—¡Así, así!... No crea todo lo que dicen.

—Me aseguraron que...

—La gente exagera mucho.

—¿Vuelve a los caballos, eh? Siempre dije que Dan Brooks acabaría siendo millonario. Por cierto, quiero que entre en una combinación de 160.000 dólares. Pero tendrá que hacer una pequeña inversión. Sólo necesito 50 dólares.

Dan Brooks se apoya en el respaldo de la silla y mira asombrado al coronel Pettigrew que muy serio sostiene la mirada.

—¿Usted quiere que le preste 50 dólares?

—¡Prestado, no!

—¡Yo vine a pedirle a usted 50!

—¿Así, no tiene dinero?

—¡Ni un céntimo!

—¿Entonces, usted vino a lo mismo que vine yo?

Sin poderse contener, los dos ríen, hasta que les saltan las lágrimas. El único que no ríe es Maguire, a quien de pronto se le ha cerrado el apetito y les contempla pensando que tanto el uno como el otro están, como él dice, para tirar piedras. Viendo que no acaba aquella crisis de risa, exclama:

—Yo no le veo la gracia.

—¿No tiene usted nada, nada?—pregunta el coronel, aún medio convulso.

—¡Ni un clavo!

—¿Ni para pagar el almuerzo?

Dan no puede hablar y hace signos de que no con la cabeza.

El coronel ya empieza a ponerse serio:

—La situación es grave—dice—. Hace años que no me echan de un restaurant de primera...

Pero todo tiene solución en el mundo. Cuando se presenta el mozo con una gran fuente en alto, Daw, por debajo le da un golpe y le hace verter el contenido. Los tres fingien indignarse y se levantan resueltos a marcharse. Tanto el camarero como el encargado se deshacen en excusas, pero los tres abandonan olímpica y decentemente el local.

Cuando han salvado esta enojosa situación, sólo queda en pie un problema: el del hambre.

Dan, que es el hombre de recursos, obtiene que el dueño de un puesto de madera les dé tres sandwiches a cambio de su bastón.

Mientras se los engullen, el cocinero examina el bastón y observa:

—Es muy corto para mí.

—¿Qué quiere? ¿Un poste de telégrafo por tres sandwiches?

—No he dicho nada. ¿Ya terminaron? ¿Quieren vender algo más? Le doy una soda por el sombrero, un pastel por la corbata...

—Esta noche volveremos —dice Dan.

—Le doy dos sandwiches por los botines—dice el cocinero.

—A la noche hablaremos.

—Les daré de cenar por el sombrero, los botines y la corbata.

—¡Trato hecho!

Cuando ya se marchaban, el cocinero les pregunta:

—¿Tienen algo para mi mujer?

Y es el coronel que, zumbón, le contesta:

—Tráigala por la noche y lo veremos.

TIEMPOS DIFÍCILES

La suerte los había juntado. Días después, Magire contó a Dan algunos pormenores de la vida actual del viejo Pettigrew.

—Edna es nuestra salvación. Lo malo es que tendrá que casarse con ella.

—¿Quién es Edna?? — preguntó Dan.

—La patrona. Para poder comer ha tenido que hacerle el amor a ese esperpento. Hace tiempo que los negocios marchaban mal, pero al coronel nunca le faltan recursos para vivir.

Aparte de su cinismo, el coronel era, en el fondo, lo que se llama una buena persona. Desde el primer momento ofreció su apoyo y su protección a Broocks y se mostró resuelto a ayudar a que el caballo se alinease

en la próxima carrera. Pero le faltaba dinero para pagar la inscripción.

—¿Y si vendiésemos mi camión?— propuso Dan—. Bien vendido, podríamos sacar los 35 dólares que necesitamos para esa carrera.

El coronel tuvo una idea genial; vender el camión a la señora Gibson, y ni corto ni perezoso se lo propuso. Al día siguiente por la mañana, Dan recibió el aviso de que fuera con el camión a la pensión. A poco de llegar salieron Edna, el coronel y Magire.

—¿Ese es el coche?—dijo ella decepcionada.

—Sí; ¿verdad que es bonito y muy sólido?—dijo el coronel persuasivo.

—¿Eso anda?—preguntó ella como dudando todavía de que el armatos-

te que tenía delante sirviera para algo más que para chatarra.

El coronel conocía los resortes que movían la sensibilidad de la señora Gibson. Disimuladamente, se la llevó al otro lado del coche, donde no pudieran verlos Dan ni Magire, y puso un beso en su cutis apergaminado.

Ella suspiró y dijo:

—Anoche soñé contigo. ¡Qué palabras más dulces me decías!

—¡Y estaba empezando, angel mío!

La señora Gibson compró el camión. En aquel momento psicológico, el coronel habría sido capaz de venderle hasta un acorazado.

Y «Broadway Bill» se alineó. Una luminosa tarde de primavera, bajo un sol que encendía la sangre, el hipódromo aparecía lleno, invadido por una rumorosa muchedumbre que se agitaba en las tribunas, mientras la alfombra verde de la pista esperaba el momento en que los caballos, veloces como el viento, se lanzaran a la carrera.

Dan estaba nervioso. La emoción de la lucha que se avecinaba le encendía los ojos; y acariciaba al noble caballo con la ternura del padre que va a lanzar a la aventura a su propio hijo. Con aquellas palmadas cariñosas parecía que animaba al caballo y que le daba impulso para lu-

char y triunfar. Le dijo a «Blanquillo»:

—Está nervioso porque es la primera carrera; pero ganará, ¡vaya si ganará!

«Broadway Bill» estiraba las orejas y se debatía nervioso, extrañado de aquella muchedumbre que desfilaba ante él.

Dieron el aviso y «Blanquillo» condujo del ronzal a «Broadway Bill» a la pista; pero allí ocurrió algo insólito, algo inesperado. El caballo se encabritó y se resistía a alinearse. Costó un triunfo meterlo en la caja. Cuando el juez iba a dar la señal de salida, el caballo tomó impulso y se lanzó velozmente pista adelante hacia el campo que se abría ante sus ojos.

La muchedumbre prorrumpió en un grito y el juez descalificó a «Broadway Bill».

—¡Pobre Dan!—comentaba el coronel—. Ese caballo nunca podrá correr.

Lejos de allí, donde no llegaba el clamor de la muchedumbre ni las angustias de esa lucha tenaz contra el destino, días después, Alicia y Margarita hablaban:

—¿Has sabido algo de Dan?—preguntó la joven.

—Ayer recibí una carta—dijo Margarita con indiferencia—. Dice que siente haberse ido y que me quiere.

Eso es todo. Lo demás son necedades acerca de un gallo. Le dedica tres páginas al gallo y una a mí.

—Es «Mosquito», mi «Mosquito» —dijo Alicia con alegría—. ¿Se lo mandaste?

—¿Para qué? Dan regresará pronto. Este viaje le hará volver por el buen camino.

Alicia contempló compasiva a su hermana, y le dijo:

—Margarita, perdóname que me atreva a darte consejos; pero, por favor, ¡no rompas con Dan!

—¡Si no he roto!

—Pero piensas hacerlo. No lo pierdas. Vete con él; no hallarás otro hombre como Dan. El es bueno y te quiere.

Margarita se encogió de hombros.

—Si es verdad que me quiere, ya volverá.

Al día siguiente, Dan se hallaba a la puerta de la cuadra. Estaba entristecido y preocupado. No había recibido noticias de Margarita. De pronto vio que por el camino venía una muchacha. Se fijó en ella y súbitamente salió a su encuentro corriendo y gritando como un loco:

—¡Alicia! ¡Alicia!

Sí, era ella, que venía con el amigo de «Broadway Bill», el gallo, mostrándolo en alto como en triunfo. Dan la abrazó y casi la estrujó entre sus brazos, al tiempo que le decía:

—¡Qué buena eres, Alicia!... ¡Nos has salvado a todos! ¿Cómo está Margarita?

—Bien.

—¿No viene contigo?

—No... Matilde está enferma y ella tiene que hacerle compañía.

—Hubiera podido enviarme el gallo.

—Margarita dijo que viniera.

—¡Qué buena es! Cuando la veas, mañana, bésala en mi nombre.

Resultamente, con aquella entereza tan suya, Alicia replicó:

—No, yo no me voy.

Dan se puso serio:

—No digas tonterías; vas a volverte en el primer tren. ¿Cuánto dinero llevas?

Y Dan, antes de que ella contestara, se apoderó del bolso y estrajo unos billetes.

—Bueno, te dejaré algo para que no digas que soy egoísta. Es que necesito 25 dólares para correr mañana a «Broadway Bill».

No era cosa fácil persuadir a Alicia de que regresase a su casa.

—No puedes quedarte. ¿Qué diría el «Emperador»?

Alicia se encogió de hombros:

—Allá él...

—¡Otra rebelde! Ya no es sólo el «príncipe heredero», sino también la «princesa». ¡Pobre «Emperador»!

Y dejándose llevar de su entusias-

mo puso ambas manos en los hombros, mirándola fijamente a los ojos, le dijo:

—Eres una verdadera princesa. Pero dime, Alicia, ¿qué piensas hacer?

—¿Yo?—Casarme con un campesino colorado y fuerte.

—¡No te cases, Princesa! Cuando Margarita me deje, los dos, tú y yo, nos iremos a correr el mundo como dos bohemios.

—¿Y si mi novio se opone?

—¿Tu novio? ¿Quién es tu novio? ¿Dónde está?

—Es un hombre perfecto.

La llegada de Alicia fué celebrada por todos, como si ella les trajera la buena estrella que desde hacía tantos días les era adversa.

«Broadway Bill», al sentir sobre su lomo los cariñosos arañazos de las patas de «Mosquito» relinchaba alegremente, y el gallo lanzaba al aire su canto triunfal.

La presencia de Alicia alegró aquel humilde establo, derramando por todas partes la alegría juvenil de sus risas. El semblante huraño de Dan recobró su calma habitual y la sonrisa volvió a brotar en sus labios.

«Blanquillo» estaba más alegre que nunca y era capaz de apostarse hasta los pantalones a que «Broadway Bill» ganaría la carrera.

El único que enturbió la alegría

que reinaba en el establo fué «Pop» el granjero al reclamar insistentemente la pensión del caballo y los atrasos por el pienso. Pero allí estaba el coronel Pettigrew y su socio Magire que habían simpatizado tanto con Dan y su caballo, que no los dejaban ni un momento.

Un día que se hallaban en la pista, probando el caballo, llegó él:

—¿Qué quiere, Mata Hari?—preguntó Dan.

—Vengo por mi dinero. Ya estoy harto de tantas promesas y quiero que me paguen.

Dan se molestó:

—Yo cumplo todo lo que prometo.

—Sí, bien, pero... lo que yo quiero es dinero y no palabras. O me paga o me quejo a la autoridad.

Dan tuvo una idea luminosa. Llamó al coronel y le dijo a «Pop»:

—El coronel me saldrá fiador.

En seguida Pettigrew se hizo cargo de la situación y llevándose la mano al bolsillo interior de la americana, haciendo ademán de sacarse la cartera, dijo:

—Cuánto le debe, ¿1.000 dólares?

Mogire, que se hallaba al tanto, se acercó con aire de gran señor y dijo:

—No, lo que quiere es una garantía, ¿verdad?

«Pop» se lo miró de pies a cabeza.

—No conozco a este señor—dijo después, señalando el coronel.

—¿Que no lo conoces? Es un hombre muy rico—dijo Magire.

—¿A mí qué me importa? Yo quiero mi dinero.

El coronel cogió por el brazo al indignado granjero y se lo llevó aparte. Pero Magire, que era más listo que una centella, se acercó y dijo en voz baja al granjero:

—Acabamos de probar a «Broadway Bill», y ha hecho una carrera tan veloz, que ha sorprendido a todo el mundo.

¡Había que ver la cara de enfado que puso el coronel al oír las palabras de Magire! Furioso, como si ello hubiese sido una ofensa personal que le afectara a él directamente, dijo con rabia:

—Esto es estrictamente confidencial. Retiraré mis 25.000 dólares. Esas son cosas que no se dicen y menos a un... como éste. Pero en fin, yo me quedo con la parte del señor. ¿Cuánto se le debe?

El semblante del granjero había pasado de la dureza a la mansedumbre. La escena que habían representado Magire y el coronel había surtido su efecto. A partir de este momento se deshizo en excusas y prometió que ya no molestaría más ni a Dan ni a su caballo.

Alicia estaba indignada ante la hi-

pocresía y el cinismo de aquel hombre, y acercándose a él, le dijo resueltamente:

—Si quiere usted seguir viviendo, deje en paz a Brooks.

Los primeros días Alicia se había instalado en un hotel, pero los registros que hizo Dan a su monedero menudearon tanto, que a última hora, ella también se encontraba sin dinero.

Finalmente se decidió dejar el hotel y fué a instalarse en la destaralada cuadra.

Esto disgustó enormemente a Dan, que no quería que ella siguiera sus vicisitudes y al principio se opuso rotundamente, pero a última hora, ante la inquebrantable resolución de ella, hubo de desistir. A partir de este momento la vida en el establo se hizo más alegre. Ella cuidaba de la limpieza de la reducida pieza que le servía de comedor, cocina, alcoba y salón.

—Si quieres seguir así—le dijo Dan una noche mientras ella estaba preparando la cena—tendrás que ponerte unos pantalones.

Y le dió unos de los suyos.

Alicia estaba muy graciosa con los viejos pantalones de Dan.

—¡Qué bien te sientan!—le dijo él.

—¿Te gusto?

—Me volvería loco por ti. Ya eres una mujer. A propósito, ¿sigues

pensando en el campesino fuerte y colorado?

Se reía ella, sintiéndose dichosa de esta vida miserable que, sin embargo, comportada con él, no habría cambiado por todas las riquezas de su padre.

Dan, a veces se hallaba preocupado, pero ella le animaba y le volvía al buen humor.

—¿Desde cuándo no comes? Sin comer no se ganan carreras.

—Yo no soy el caballo.

Dan comprendía todas sus ternezas; era sensible a las delicadezas con que ella trataba de alegrar su vida y en los momentos peores, cuando ella volvía la calma a su espíritu, Dan la oprimía contra su pecho y le decía:

—¡Oh, princesa! ¡Eres un ángel caído del cielo! ¡Por qué me casé tan pronto!

Si no hubiera sido por ella, esos días de incertidumbre, decepcionantes, de lucha tenaz contra la adversidad, hubieran sido para él insupportables. Fué borrándose de su mente la imagen de Margarita como si fuera alejándose y empequeñeciéndose como si fuera de recuerdo muy lejano. En cambio, los rasgos familiares de Alicia iban tomando vigor y proporciones, y sentía en el fondo su alma la tristeza de no haber descubierto antes, cuando podía arreglarse todo,

el manantial de ternuras y cariño, de que el corazón de Alicia era fuente inagotable.

Sin embargo entre los dos no se rozó nunca en lo más mínimo la palabra «amor». Vivían en un pequeño limbo donde las preocupaciones y el afán de la lucha les hacía olvidar que el amor también tiene sus fueros y que a lo mejor brota cuando menos se espera...

Se preparaba otra carrera en la que Dan Brooks pensaba ser más afortunado que el día del debut de «Broadway Bill». Era la única solución que veía a la vista para poder ganar los 500 dólares que necesitaban para inscribir el caballo en la carrera del Gran Premio.

Estaba muy animado, y aquella noche mientras Alicia andaba por la cocina preparando la cena, el cantaba con entusiasmo.

—¿Qué te pasa?—preguntó Alicia.

—Estoy alegre porque mi porvenir empieza a aclararse. Y todo, todo, te lo deberé a ti, porque gracias a tu último préstamo «Broadway Bill» podrá ganar mañana los 500 dólares que necesitamos para inscribirlo.

—¿Piensas ganar mañana?—preguntó ella.

—¡Claro! Es mi única ambición.

—¡Pues, ganarás, porque yo también lo deseo!

—Lo necesito, princesa—dijo Dan

acercándose a ella—, porque la vida es dura y hay que demostrarle al Emperador que uno que fracase en las cajas de cartón puede triunfar en otras cosas.

Ella se había acomodado en un diván junto a la ventana. Su cuerpo esbelto descansaba ahora en una actitud estatuarial dulcemente indolente. Dan, ante ella, la contemplaba pensando que Alicia era bella y digna de ser amada.

Se inclinó un poco y acarició el cabello fino y sedoso. Alicia le miraba en silencio con sus grandes ojos semicerrados...

—¿No te parece?—dijo él al cabo tratando de continuar el diálogo.

(—¿El qué?—respondió ella después de otra pausa.

—Lo que te estaba diciendo acerca de tu padre.

—¡Ah, sí: es verdad!—exclamó Alicia incorporándose—. ¡Es necesario que triunfes!... ¡Que triunfemos!

Dan le enlazó las manos.

—¿Por qué te ocupas tanto de mí, princesa? ¿Por qué no haces como las demás?—preguntó él sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta.

—¡Oh! Ellos no te comprenden. Los de allá, sólo piensan en sus fábricas, sus negocios. No pueden concebir que un hombre vaya detrás de

una ilusión y triunfe en otras cosas. Te toman por loco.

—¿Y Margarita? ¿Qué piensas tú de Margarita?—dijo Dan, de pronto, mirándola de hito en hito.

Alicia se encogió de hombros y cuando iba a contestar la lluvia que desde hacía un rato batía los cristales, empezó a arreciar de fuerte.

—Llueve mucho...—dijo.

—Dí, ¿qué te parece Margarita?—dijo Dan insistiendo.

Margarita está dominada por papá; eso es todo. Ella siempre ha sido muy débil y se ha dejado dominar.

—Por mí, no... temo que ella y yo no nos entendemos. Acaso no nos hemos entendido nunca.

—Es lo más probable. Tú, ya ves que hablo de mi hermana, necesitabas otra mujer que te comprendiese...

—¿Lo crees así?

—¡Es lo más seguro! ¡Sigue lloviendo a mares!

Dan se acercó a la ventana. Para ver mejor puso un pie en el diván y como ella se había incorporado, sus cuerpos se juntaron. El la cogió por los hombros y le dijo:

—¿Sabes lo que te digo, Alicia? Que no pienso dedicarme toda la vida a correr caballos...

—¿No?—exclamó ella con aparente indiferencia, pero muy conmovida en el fondo, porque esperaba que,

como Dan, de un momento a otro, rompiese el hielo.

—No. También pienso dedicarme a la cría.

—¿Qué cría?—exclamó ella extrañadísima.

—¡A la de caballos!

¿A qué distancia de la realidad viviría el pobre Dan Brooks? ¿Cómo es posible que no comprendiese que había ido allí para algo más que traer la mascota de «Broadway Bill»?

EL DESTINO SIGUE MOSTRANDOSE HOSTIL

¡Cómo recordarán Dan y Alicia, toda la vida, la serie de vicisitudes y obstáculos que hubieron de vencer antes de llegar a la meta!

Parecía que la vida se había complacido jugándoles a cada paso una mala partida.

La noche memorable en que Dan le declaró su escondida ambición de dedicarse a la cría intensiva de caballos, era, como se recordará, una noche de lluvia.

Llovía torrencialmente, y del viejo techo de zinc con remiendos de hojalata estaba tan deteriorado que por todas partes había goteras.

«Blanquillo» vino a comunicárselo a Dan.

—La cubierta tiene más goteras que una criba y nos vamos a mojar.

—Cierra bien las ventanas, maderas y todo, porque «Broadway Bill» podría asustarse con los relámpagos.

—Ya lo hice. Pero temo que el caballo se moje.

—¿El caballo también?

—¡Sí, estamos como si dijéramos en medio de la calle, señorito Dan!

Brooks se levantó y pasó a la cuadra. Alicia, que ya estaba poniendo la mesa, sonrió pensando que Dan quería a «Broadway Bill» más que a su propia vida. Desde allí le oía lamentándose de que aquel techo era una criba.

—Ven a cenar—le dijo ella al cabo de un rato.

Pero Dan no estaba para cenar ni nada. Se asomó a la puerta y dijo:

—Cena tú. El techo está lleno de agujeros y hay que arreglarlo.

En efecto: «Broadway Bill» se estaba mojando. Le había puesto una manta y hubo de cambiarla.

A última hora, Dan mandó a «Blanquillo» a telefonear al director del hipódromo pidiéndole una cuadra. Al cabo de un gran rato el criado volvió, diciendo que no tenía sitio.

Dan estuvo sin probar un bocado hasta la madrugada. Por fin cedió la tormenta y al amainar descansó un poco. Alicia no había querido acostarse. Había ayudado a Dan lo mejor que supo.

—¿Qué hora es?—preguntó Dan.

—Las cuatro.

—Vete a dormir, Alicia.

—No tengo sueño ahora.

Al día siguiente el caballo estaba enfermo. Cuando, después de descansar unas horas, fueron a la cuadra, lo encontraron tendido sobre el lecho de paja seca, con la cabeza caída. Se llamó rápidamente al veterinario y éste diagnosticó:

—Tiene una fiebre muy alta. Necesita cuidado y mucho descanso. No podrá correr. Después le mandaré unos remedios.

—¡Necesito que pueda correr el sábado!—dijo Dan.

—Tal vez pueda correr. Los animales se recobran con la misma facilidad que enferman. Pero no con-

viene tocarlo ni sacarlo de aquí hasta que le haya pasado la fiebre.

En tanto, en casa del Emperador se estaba comentando la prolongada ausencia de Alicia.

Era un día en que Margarita había ido a casa de su padre. El viejo, considerándose por primera vez impotente de contener los desmanes de su hija, se agitaba por el salón como un león enjaulado.

—Pero ¿qué hace Alicia allí?—preguntó Higgings.

—Fué a llevarle un gallo...

—Esa niña tenía poco juicio, pero lo ha perdido todo—berreaba el «Emperador» y sacándose un telegrama del bolsillo lo alargó a Margarita, diciendo—: Le telegrafí que regresara y me contestó esto.

Margarita cogió el papel y leyó el despacho, que decía:

«Estoy gozando mucho. Después de las carreras iré.

Alicia.»

La esposa de Dan sonrió y devolvió el telegrama a su padre, diciendo con fingida indiferencia:

—No te preocupes: ya volverá... ¡Y Dan también!—añadió sarcásticamente.

—¿Crees tú?...

—Estoy tan segura de ello que he venido para hablarte de eso. Wins-

low y Early, mis excelentes y desinteresados cuñados, quieren su puesto.

Higgings, que había reanudado su paseo, se paró en seco y cortó la palabra a Margarita con un ademán impaciente.

—¡No te metas con ellos, Margarita!

Ella no se inmutó.

—¡Olvidan que soy tu hija mayor! ¡Olvidan que Dan tiene más derecho que ellos!

—La fábrica necesita un gerente. Dan se fué por culpa tuya. Es justo que cada uno de ellos trate de obtener un puesto que tanto envidiaban.

—Tú has dicho la palabra. Ellos no lo envidiaban: lo ambicionaban, y ahora creen que ha llegado la suya y no reparan en medios. Luchan entre sí. Y tratan de que tú destituyas definitivamente a Dan. ¡Eso es innoble!

El «Emperador» encendió un puro parsimoniosamente.

—Después de todo, es muy humano. Entre el comportamiento de ellos y el de Dan, me quedo con el suyo. Además, ya te he dicho: Dan abandonó el puesto... y lo abandonó por culpa tuya.

Margarita interrogó con la mirada airada a su padre.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que yo soy la culpable de todo?

No, papá: el único culpable eres tú. Dan odiaba las cajas de cartón. Quisiste dominarle como a los otros. No comprendistes que él no tenía ese espíritu servil e hipócrita de mis cuñados. Por eso se marchó y ahora yo soy el hazmerreir de todos. Ahora dicen que Dan quiere al caballo más que a mí.

—¡No quiero más murmuraciones!—exclamó el viejo fuera de sí y después, como si súbitamente hubiese cambiado de idea, añadió dulcificando algo el tono:—¿Crees que Dan volverá?

—¡Naturalmente! ¡Estoy segura!

—No estés tan segura, ve a buscarle. Es tu obligación.

—¿Por qué?

—¡Porqué es tú marido!

—Como él se marchó voluntariamente, a él le toca regresar por su propia voluntad.

«Broadway Bill» estuvo enfermo varios días, luchando con la fiebre, ni un solo momento se apartó Dan de su lado. Estaba entristecido y muy preocupado.

—Vamos, Dan—decíale Alicia cariñosamente—, no te pongas así.

Ella también se hallaba apenada. Le dolía ver como todas las ilusiones de Dan se desvanecían.

El coronel Pettigrew y Magire iban todos los días a visitar a sus amigos.

Las esperanzas del coronel, como las ilusiones de Dan, se habían disipado con la rapidez de un sueño.

Una tarde, Dan había salido unos instantes a tomar el fresco a la puerta del establo.

Alicia se acercó al caballo. «Broadway Bill» se hallaba echado en el suelo, con la cabeza descansando sobre un montón de paja seca. Hacía ya dos días que se hallaba en esta posición. Ella se arrodilló entre el noble animal y empezó a alisarle el cuello. «Broadway Bill» abrió los ojos y los volvió a cerrar.

Alicia le habló como si se dirigiese a un ser inteligente que pudiera comprenderla.

—Tú no vas a abandonar a Dan, ¿verdad que no? Un catarro no es nada y tú no has tenido más que eso... ¡No seas yegua y levántate! ¡Levántate «Broadway Bill», caballito mío!

Y como si quisiera infundirle ímpetu, Alicia, penosamente, le levantó la cabeza. Le pareció a ella que el caballo recobraba con esto un poco de vigor. Abrió los ojos y la contempló unos instantes con su mirada inexpresiva, pero más viva y clara que antes.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Alicia le levantó más la cabeza. El caballo irguió el cuello y parecía dispuesto a levantarse. Ella le animaba con palabras dulces:

—Levántate, bien mío. ¿No comprendes que eso no está bien? ¡Tienes que ayudar a tu amo que tanto te quiere... que te quiere más que a mí...

¿Fué milagro o una maravillosa transmisión de la voluntad de Alicia? Ella observó que el caballo iba animándose, como si tuviese deseos de ponerse de pie y le apoyó a levantarse, más que con la fuerza banal de sus brazos con la fuerza encendida de su espíritu. Y vió Alicia como, haciendo un esfuerzo considerable, se ponía de pie.

¡Lloró Alicia tiernas lágrimas de alegría y besó infinitas veces a «Broadway Bill»! Después, llamó a Dan. Este vino corriendo y no daba crédito a sus ojos cuando vió aquella escena. El también se abrazó al cuello del caballo, mientras Alicia le explicaba, aún con lágrimas en los ojos:

—¡Le eché un discurso y se levantó! ¿No es cosa de milagro?

Al día siguiente «Broadway Bill» ya estaba repuesto, como si no hubiese tenido nada.

—¡Podrá correr en la próxima carrera!—le dijo el coronel cuando hizo la acostumbrada visita a sus amigos y se encontró a «Broadway Bill» res-tablecido.

—La próxima carrera es mañana y

«Broadway Bill» no estará en condiciones.

—Además—indicó Magire—, hay otra cosa. Tampoco podrá correr el Gran Premio.

—¿Por qué?—dijo Dan.

—Porque supongo yo que no tendré los 500 dólares de la inscripción.

—Eso es verdad—dijo Alicia.

Dan dió una patada en el suelo y dijo:

—¡Hay que conseguir esos 500 dólares sea como sea!

—No los podemos sacar de la tierra—dijo Magire.

Pettigrew se hallaba pensativo: estaba urdiendo uno de sus planes.

—¡Ya está!—dijo al cabo de un momento—. Ya tengo la solución.

—¿La solución de qué?—preguntó Dan.

—Mañana tendremos dinero. Yo ya sé cómo—y dirigiéndose a Marige, añadió:—Usted y yo, vamos a trabajar.

—No exagere...—dijo Magire, a quien la idea de tener que trabajar no le parecía aceptable.

—Hay que conseguir el dinero, ¿Es usted capaz de ayudarme?

—¡Seguramente!—respondió el aludido.

—¡Pues en marcha!—dijo el coronel poniéndose el sombrero y dirigiéndose hacia la puerta, desde la cual añadió, dirigiéndose a Dan y Alicia que les miraban sin comprender—: No se apuren ustedes; mañana tendremos lo que se necesita.

Y sin dar más explicaciones marchó llevándose a Magire casi a ras-tras.

LOS GANGSTERS DEL TURF

Generalmente, lo que más llama la atención al que por primera vez entra en una sala de juegos, es la fealdad de los individuos que rodean las mesas de tapetes verdes.

En esa impresión, el desgaste nervioso, y la noche de insomnio pasada en la febril espera de una sonrisa de la veleidosa suerte, tienen un papel muy preponderante. Los rostros de los jugadores están surcados de arrugas, sus párpados pesados y enrojecidos, la angustia desfigura sus facciones. En sus miradas inquietas, no puede nunca leerse la hermosa serenidad de las almas sencillas.

Únicamente los banqueros de rostro indiferente, y frío, tienen aspecto de seres normales. Todos los demás parecen llevar «máscaras». La atmósfera es pesadísima; a intervalos, un

empleado o un jugador anuncia una cifra, o una palabra convencional, mientras que la implacable paleta arrasa las fichas, que hacen un ruido semejante al de huecesillos removidos.

En las carreras, el espectáculo es muy diferente; si el dinero vuela, lo hace en medio de la alegría y de la luz.

Allí se ven mujeres hermosas y elegantes, jockeys que con sus casacas de seda de colores vivos, parecen gnomos surgidos de un cuento de hadas; y ante todo, potrillos y potrancas de raza, nerviosos e inquietos, de patas delgadas y líneas armoniosas.

Las carreras, no son deporte peligroso; son como un salón frecuentado por gente bien.

No obstante, bajo esa apariencia

brillante, se ocultan muchos peligrosos estafadores. Los gangsters del turf, no son menos temibles que los del tapete verde, pues sus bandas, perfectamente organizadas, atacan a los jugadores, a los propietarios y hasta a los caballos. Como se verá más abajo, también suelen luchar entre ellos...

Bookmakers, «maquilladores», y dateros, constituyen la plaga habitual de los hipódromos. No trabajan todos en la misma forma, ni persiguen siempre los mismos fines inmediatos; sus puntos de miras, son a veces opuestos, pero todos ellos están unidos por algo de común todos viven de sus estafas, de «combinaciones», en que hacen caer a los jugadores incautos.

Gastón Baron, fué durante mucho tiempo uno de los bookmakers más notables de París. Era el único que podía jactarse de contar entre su clientela a algunos de los más grandes nombres del mundo social y del mundo de las letras. A todo eso hay que agregar que cuando, en sus tiempos de esplendor, M. Citroen cometía alguna diablura contra M. Zographos, la cometía casi siempre con Gastón, al cual le jugaba a veces la bagatela de 10.000 francos, con una probabilidad de 1 contra 20.

Esos eran tiempos de opulencia... Era la época en que un día en que

se corría el «Gran Prix» de Longchamps, M. Octave Homberg apostó la bonita suma de 1.000.000 de francos a la yegua «Rodiche», de las caballerizas de Rotschild. Y esa yegua, que ocho días antes había cruzado el disco como un bólido, fué derrotada por completo en la gran prueba popular de Longchamps.

¿Sospechó acaso M. Octave Homberg, que él era el principal causante de esa derrota?

He aquí cómo ocurrieron las cosas: En vísperas del Gran Premio, los bookmakers comprobaron que las probabilidades de la yegua citada eran muy apreciadas, tanto en París como en provincias. Se habían puesto de acuerdo para realizar investigaciones discretas junto a los jockeys, entrenadores y cuidadores. «Godiche» estaba en un estado inmejorable; todas las mañanas corría un kilómetro, en un tiempo record; «matemáticamente», era invencible.

Entonces, los señores que nos ocupan, reunidos en el Hotel Carlton, supieron que el financiero de ultramar había decidido apostar 1.000.000 a la yegua del Barón de Rotschild. El otro millón, apostado por Zographos, se unían a los 2.000.000 que la confianza popular había arriesgado a las patas de la ganadora del Premio Diana.

Si la yegua ganaba, tenían que des-



Higgins solo había
tenido hijas.

- Dejemos plantado
al viejo.



- ¡Estoy hambriento!



...empezaron los días
difíciles...



- Le doy otro sand-
wich por los botines.



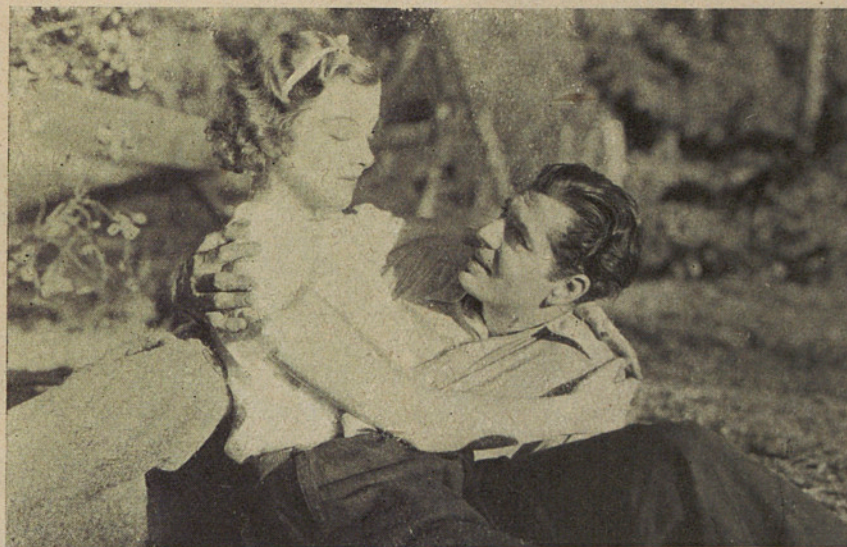
- ¿Cuánto dinero
tienes?



- ¡Estaba triste sin
su mascota!



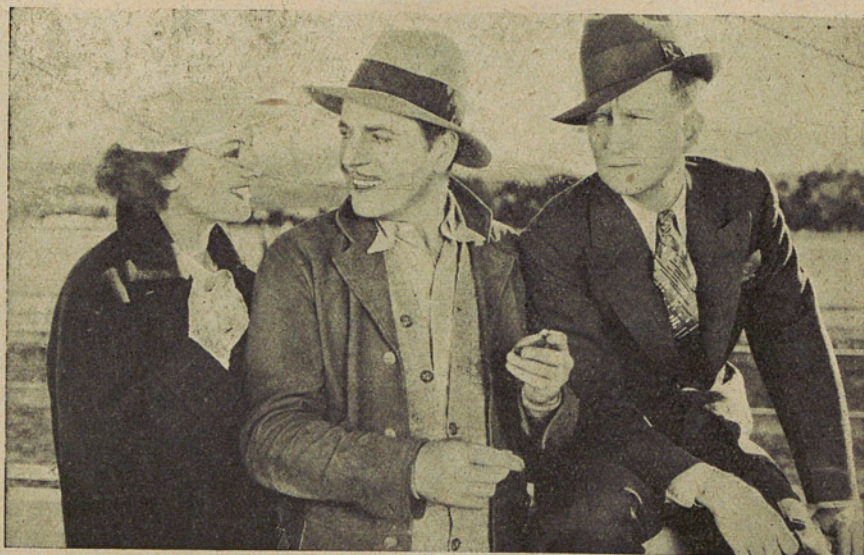
- Estoy preparando
la cena.



- ¿Y si mi novio
se opone?



- No podrá correr por
mucho tiempo.



~ «Mosquito» lo ha
hecho cambiar.



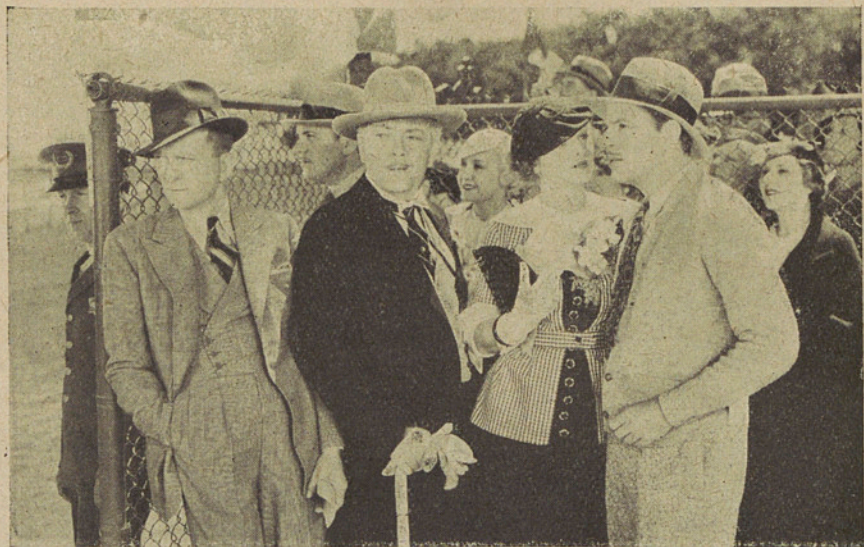
...inscribieron
el caballo...



~ ¡«Broadway Bill»
ganará!



~ ¡«Gallant Lady» no
ganará!



— ¡Otro caballo
que falló!



— ¡«Broadway Bill» va
a la cabeza!

embolsar 6.000.000 de francos, y si por el contrario perdía, embolsarían ellos los 3.000.000 de las apuestas. Se verificó un conciliábulo entre ellos; «El Barbudo» propuso ir a buscar al cuidador de la yegua... y dos emisarios fueron enviados a Maisons-Laffite, centro del entrenamiento, sito en las afueras de París, regresando ambos con noticias bastante prometedoras.

Más tarde llegó el jockey; los paquetes de dinero estaban preparados, y constituían una tentación irresistible. Y... el representante de Zographos tomó la palabra.

—Buen día, amigo; tenemos que hacerle una proposición; le ruego que tome asiento. ¡Mozo!, un whisky para el señor... ¿Según parece, la potranca a su cuidado está en inmejorable estado?

—¡Muy bien; muy bien!

—¿Y... cuánto le apostó usted?

—Veinticinco luises...

—Perfectamente; según los cálculos más optimistas, apostará con una probabilidad de 16 contra 5, que hacen en total 1.600 francos.

—1.600 francos es la suma con que puedo contar, excluyendo las propinas y gratificaciones que M. Rotschild me dará...

—Eso es en caso de que gane; pero usted sabe que un accidente en una carrera, ocurre en el momento

menos pensado; y que el mejor caballo, puede perder...

—Las probabilidades de mi yegua son de primer orden.

Entonces, «El Barón», M. Gastón, entró en franca lid.

—Seamos francos, muchacho: y hablemos claramente. Si la caballeriza Rotschild gana el Gran Premio, embolsarás como máximo 2.000 francos; aquí tienes 50.000; son tuyos si te dejas ganar. Arréglatelas; por ahora, ahí tienes 20.000 francos; el resto, lo tendrás después de la carrera; pero si ganas, ¡cuida tu pellejo!...

En el hipódromo, la casaca azul y amarilla, era gran favorita; en el paddock, Octave Homberg, con su barba al viento, se paseaba tranquilamente, vestido de gris, anunciando a sus amistades que los colores del Barón de Rotschild serían vencedores; los bookmakers tenían un aspecto preocupado, pero en el fondo de su alma, estaban tranquilos; sabían que el clavo imbuído en el casco de la favorita, impediría su victoria.

En el momento de la llegada, también ellos experimentaron una pequeña emoción, al comprobar que «Godiche» entraba segunda. El pobre animal había luchado hasta el fin, con todas sus fuerzas, pero los frenos y sobre todo el dinero habían sido más fuertes que él...

Son infinitas las combinaciones que emplean los gangsters del turf para engañar a la gente que apuesta su dinero a los caballos.

Uno de ellos, nos refiere su «sistema» en los siguientes términos:

«Cuando sabemos a ciencia cierta que un caballo ha recibido la orden de no ganar, encargamos a varios emisarios que lo presenten como el «negocio del día», junto a ciertas personas de poco cacumen.

Esos emisarios interpellan misteriosamente a su víctima, y pronuncian al oído el mal dato, agregando: «No saque billetes en la taquilla para no disminuir el deporte; juéguele a X, que le aceptará la apuesta».

No existe un hipódromo que no esté contaminado por la presencia de los dateros; éstos llevan botas de cuero suave, gorra a cuadros, para estar más en carácter y poder engañar más fácilmente a los incautos, y, para convencerlos, muestran «confidencialmente», documentos firmados por cualquier comisario de barrio, y sobre los cuales, junto al nombre del individuo, ellos agregaron «jockey» o «garçon d'écurie en lo de M. X., entraineur».

Invariablemente, hacen jugar a todos los caballos anotados, reclamando en cambio del dato, un billete de 10, 50 o 100 francos sobre el informe que han revelado... Hay que re-

conocer, que ésta es una curiosa manera de jugar sin desembolsar un centavo.

Ocurre frecuentemente, que esos pequeños bandidos de los hipódromos, en el mismo momento en que van a hacer caer a un cliente, son detenidos por un inspector de la policía, encargada de vigilar los hipódromos...

Los grandes «redobloneros» son molestados muy pocas veces, pues cada uno de ellos, tiene un protector titulado, cuya complicidad es «contabilizada» en el renglón de gastos generales.

El coronel Pettigrero y su ayudante Magire, eran dos zorros viejos conocedores al dedillo de la vida de los hipódromos.

La filosofía del coronel se resumía en este elevado pensamiento: «Ser honrado hasta donde fuese posible.»

En este caso, las posibilidades del coronel ya habían terminado.

—Usted, Magire, se pondrá la gorra y el jersey de cuidador. Usted tiene un magnífico tipo de mozo de cuadra.

—¿Quiere usted decir?

—En efecto: más de cuatro se equivocarán hoy.

Y mientras llegaban a la pensión donde la señora Gibson esperaba ya con impaciencia a su prometido, el coronel dió las correspondientes ins-

trucciones para el trabajo de aquella tarde.

Era una carrera bastante importante y el coronel esperaba sacar algo más de los quinientos dólares que necesitaban.

Aquella tarde estaba muy animado el hipódromo. El público estaba compuesto en su mayoría por gente elegante.

Un caballero de cierta edad, de pelo canoso, elegantemente vestido de chaqué, con la funda de los prismáticos cruzada en bandolera, paseaba distraídamente por el paseo de las tribunas de preferencia.

Abunda en las carreras el tipo de neófito que va allí por curiosidad, pero que quiere probar fortuna, apostando al azar. Ese tipo es muy conocido y de la misma manera que el estafador conoce por el aire al cateto de provincias que escoge para operar, los que «trabajan» en las carreras conocen también, con una simple mirada al espectador ingenuo.

El caballero canoso del chaqué, no tenía ese aire. Al contrario: se sorprendía que estaba acostumbrado a las «reuniones»; se movía como en su propio elemento.

Después de echar una mirada distraída entre el gentío, se acercó lentamente a otro caballero que hacía unas anotaciones en el programa.

—¡Todo sea por «Broadway Bill»!

—dijo el caballero elegante mentalmente, al tiempo que abordaba al otro y le decía amablemente:

—¿Puede usted prestarme su lápiz?

El interpelado miró al recién llegado. Sin duda el examen fué satisfactorio y le dió lo que le pedía.

—¿Es usted dueño de caballos?—preguntó.

—Sí, señor.

Iba a preguntar algo más el desconocido cuando se acercó a ellos un individuo que por la vestimenta parecía un mozo de cuadra, el cual se dirigió respetuosamente al coronel, diciéndole:

—Señor coronel: Smith le manda a decir que cargue bien el caballo.

—Está bien.

Marchó el mozo. El desconocido le siguió con la vista, tomó mecánicamente el lápiz que el coronel le devolvía y contestó maquinalmente a su saludo. Después, abriéndose paso a empujones, siguió al mozo.

Le alcanzó en una plazoleta, detrás de las tribunas. El mozo andaba despacio.

—Oiga usted: yo estaba con el «coronel» cuando usted le ha dado el recado de Smith. ¿Puede usted decirme qué caballo va a ganar?

El mozo se lo miró de pies a cabeza.

—No puedo decírselo.

—Sí puede.

—No puedo, digo. Son cosas estrictamente confidenciales.

—Hombre — insistió el otro con acento persuasivo — he perdido tanto que hoy me gustaría ganar. Yo le prometo no decir nada. ¡Ande, dígamelo!

El mozo parecía titubear. Después de una pausa, dijo:

—¿Cuánto daría por saber el nombre del caballo que va a ganar?

—¿Cuánto quiere usted?

—Por veinticinco dólares se lo digo.

El caballero se puso rápidamente la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Tome los veinticinco dólares y dígame el caballo.

—Si lo saben pierdo el empleo.

—¡Me lo caballaré!

—Doughboy. ¡No se lo diga a nadie!

—Esté usted tranquilo. ¡Bastante me ha costado a mí el saberlo!

Y el ingenuo jugador corrió a la taquilla a apostar todo su dinero en favor del caballo recomendado.

Minutos después, el caballero elegante se aproximaba a otro pidiéndole el lápiz prestado y se acercaba a ambos el mismo mozo trayéndole por segunda vez el encargo de Smith.

Esta misma operación se repitió

veinte veces en el espacio de dos horas, con el mismo éxito.

—¿Qué caballo les ha recomendado?—preguntó el coronel Pettigrew, que no era otro, el caballero elegante, a su socio Magire.

—Doughboy.

—¡Doughboy! — exclamó riendo el coronel—. ¡Yo corro más que él!

Y se separaron para no verse sorprendidos por alguno de los incautos que a tan alto precio pagaron el consejo «estrictamente confidencial».

Por todo el hipódromo circulaba un rumor. Al principio no había sido más que un susurro que había pasado de unos labios a un oído. Después fué circulando de boca en boca... Ocurrió como con la bola de nieve que va creciendo a medida que rueda. Y ahora el rumor tomaba cuerpo y se expandía por todo el hipódromo y predominaba sobre los mil ruidos que formaba la muchedumbre allí congregada.

«Doughboy»... «Doughboy»... «Doughboy»...

Y las apuestas sobre «Doughboy» se acumulaban en las taquillas de las apuestas.

Un amigo se encontraba con otro y al cruzarse le decía:

—«Doughboy» ganará.

—Vengo de las cuadras. «Doughboy» ganará.

Estas y otras frases parecidas se oían entre el gentío.

El propio coronel oyó el nombre «Doughboy» más de cien veces.

Una vez se inclinó para recoger del suelo una estilográfica y devolverse a una señora anciana, y ella, al darle las gracias, le dijo:

—En pago a eso, le da ré un consejo:

—¡Acaban de darme una gran noticia! «Doughboy» ganará.

—Pues vamos a apostar fuerte.

El coronel con la mano en el bolsillo acariciaba los quinientos dólares que Magire le había entregado.

Era un caso insólito en él. ir a las carreras y no jugar. Cruzaba entre el gentío experimentando cierto malestar que iba creciendo.

—Si apostase cien dólares, nada más que cien miserables dólares, podría ganar lo menos quinientos. La gente idiota ha cargado la mano sobre «Doughboy» y me devolverían mucho dinero.

Su desazón tenía intermitencias. En los momentos de lucidez reflexionaba sensatamente:

—Eres un bandido, coronel. No debes hacer eso.

Y la palabra «Doughboy»... «Doughboy», seguía rodando, tropezando con él, martilleándole los oídos...

El público se volcaba en las taquillas. La corriente le llevó. Era un pobre náufrago. Manoteaba y trataba de desviarse, pero su voluntad era

débil el más ligero empujón le hacía reanudar el camino...

Llegó a la taquilla como fatalmente llegan a la presa los maderos, que arrastra la corriente del río. Y al asomarse a ella, los quinientos dólares partieron para no más volver, engullidas por la presa, al tiempo que sus labios temblorosos decían:

—¡Todo este dinero para «Doughboy»!

Estaban a punto de dar la salida y el coronel marchó presuroso, con los tickets en la mano, a ocupar su localidad.

Tan nervioso estaba que no se había guardado los tickets.

¡Allí estaba «Doughboy» dispuesto a salvarle!

El coronel reconoció que en medio de la pista, «Doughboy» no tenía precisamente el aire de un vencedor. Cualquier buen aficionado podía apreciarlo sin ningún esfuerzo.

Como cuando uno se siente temeroso de alguna mala partida que acaba de cometer, miró en rededor y vió... a Magire, cuyos desorbitados ojos miraban los tickets... el cuerpo del delito...

Si el lector quiere saber el desenlace de este episodio, le diremos que el coronel Pettigrew corrió más que «Doughboy», mientras Magire iba tras él disparándole irreverentes puntapiés, sin respeto a su categoría militar ni a su persona.

ALICIA OBRA POR SU CUENTA

La autoridad, prestigio y seriedad que hasta entonces habían aureolado la figura prócer del coronel, sufrieron un gran quebranto cuando Magire refirió a Dan y Alicia la aventura del coronel.

Solamente pudo justificar algo la seguridad que dió el coronel de que había arriesgado los quinientos dólares para ver si podía sacar con mayor cantidad a Dan de su situación angustiosa.

Alicia decidió obrar por su cuenta. No tenía, en verdad, ni un dólar, pero había traído unas joyas y un abrigo.

Sin decir nada a Dan marchó a la ciudad y entró en el primer establecimiento de compra-venta que halló al paso.

—¿Cuánto me daría usted por es-

tas alhajas? — preguntó a un empleado.

—¿Usted qué quiere: venderlas o empeñarlas?

—Solamente empeñarlas.

—Le daré 125 dólares. No puedo darle más.

—Está bien.

Regresó rápidamente. Dan había salido a dar un paseo con sus amigos.

—Mira «Blanquito»: aquí tienes 120 dólares. Vas a decir a Dan que los ganastes jugando a los dados y se los prestas.

—Es que si yo le digo al señorito Dan que se los presto, no me va a creer.

—¿Por qué?

—Porque dice que soy muy «aga-

rrao» y que no soy capaz de dar un dólar ni «pa medicina».

—Mejor. Ahora creerá que has cambiado y que quieres ayudarle. Pero, por nada del mundo le digas que te los dí yo.

—Está bien, señorita.

—Mañana te voy a dar más y harás lo mismo, ¿me entiendes?

—Sí, señorita.

Efectivamente: el día siguiente, Alicia empeñó su abrigo de pieles, por el que le dieron quinientos dólares, los cuales también entregó a «Blanquillo» para que hiciera creer a Dan que los había ganado con los dados.

Por la noche, después de cenar, Dan entró en el comedor entusiasmado:

—Estoy asombrado. Siempre había creído que «Blanquillo» era un egoísta avaricioso y ahora veo que no. ¿Sabes cuánto dinero ha ganado hoy a los dados? ¡Quinientos dólares! ¡Exactamente lo que necesitábamos para inscribir a «Broadway Bill»!

—¿Te los ha dado? — preguntó Alicia, haciéndose la ignorante.

—¡Integramente! ¡«Blanquillo» es todo un hombre!

Ya Dan estaba por el momento libre de preocupaciones.

—¡Esta noche podré ya dormir tranquilo! Me he sacado un gran peso de encima—decía Dan.

—Sólo nos queda una preocupación—dijo Alicia.

—¿Cuál?

—La deuda con Pop Jones. Cuando menos tendríamos que darle un anticipo.

—¿Para qué? ¡Ya lo pagaremos de una vez! ¿Es que no estás segura aún de que «Broadway Bill» ganará la carrera?

Alicia mintió.

—De eso estoy tan segura que me parece bien lo que tu digas.

Dan tuvo una idea.

—¿Sabes lo que podríamos hacer? Ir en busca del coronel y Magire y marcharnos todos a cenar. Quiero celebrarlo.

Alicia no se opuso. ¡Había pasado tantos sinsabores el pobre Dan, que le parecía muy justo que se desquitate un poco!

Y fueron los dos a buscar a sus amigos. Cuando les dieron noticia, el coronel y Magire se pusieron a bailar de contento.

—¡Viva «Blanquillo», nuestro salvador!—gritaba el coronel.

—¡Qué manera de desollar al prójimo!—decía Dan—. ¿No le parece a usted, Magire?

—¿Y dónde, dónde juega nuestro querido salvador?—preguntó Magire.

—¿Por qué lo pregunta?

—¡Porque será cuestión de ir a probar suerte!

Todos rieron la broma. Después, Dan habló:

—Yo propongo, señores, ir a celebrar este acontecimiento por ahí. Aún nos quedan unos dólares para reventar.

La idea fué aceptada sin discusión. Marcharon los cuatro a un merendero de los suburbios. Cenaron en una glorieta hecha con cañas entrelazadas, a través de las cuales trepaba una enredadera. La luz escasa que pendía del techo, no era bastante potente para disipar las manchas plateadas y brillantes de la luna. Alicia estaba alegre. Era una de las pocas veces que veía a Dan completamente dichoso. La tranquilidad volvía a reinar en su espíritu; su frente se había desarrugado y los ojos, brillantes y risueños, la acariciaban de un modo particular cuando la miraban.

De cuando en cuando, Dan le pasaba la mano por la cintura y la atraía hacia sí. Cada vez que esto ocurría, Alicia sentía una sensación extraña de felicidad, y la sangre se le agolpaba en el rostro, pero no se oponía: se abandonaba indolentemente...

Una vez, Dan le cogió ambas manos y las oprimió entre las suyas:

—¡Ahora, Princesa, casi podemos decir que somos felices!

—¿Por qué no decir que lo somos

del todo?—dijo ella con sincero arrebató.

—¡Eso es, Alicia tiene razón! ¿Qué nos falta ahora? Tenemos el mejor caballo de las carreras y el dinero para inscribirlo. ¿Qué más quiere, hombre insaciable?

Dan hizo un gesto, como indicando atención. Después dijo:

—Alicia y yo ya nos entendemos. ¿Verdad, Alicia?

Evidentemente, Dan estaba más alegre que de costumbre porque había bebido más de la cuenta.

—La cosa es que el corazón es un instrumento más complicado de lo que parece. ¿Verdad, Alicia?

Ella asentía, sintiendo a la vez miedo y curiosidad, por lo que pudiera decir Dan. Pero, temerosa, varió la conversación preguntando algo al coronel.

Magire, que no le perdonaba la partida que les había jugado a todos dos días antes y le gastaba constantemente puyas acerca de ello.

—Lo que le pasó con «Daughboy», es muy triste, pero se lo perdonamos, ¿verdad Dan?—dijo Alicia.

—¡Seguramente! ¡No faltaba más! Después de todo él se lo había ganado con su trabajo.

—Y con el mío también — dijo Magire.

—¡Pero yo puse la idea! — le in-

terrumpió el coronel, con legítimo orgullo.

Entonces, Dan llevó la conversación por el terreno de los recuerdos.

—¿Se acuerda usted, coronel, cuando nos conocemos en París? Entonces no tenía necesidad de hacer esos trucos.

El coronel sonrió.

—Es verdad. Los tiempos eran más brillantes que ahora. Sin embargo—añadió—, poco después que usted se marchó perdí toda mi fortuna y llegué a ser un vil «maquillador».

—¿Qué es eso?—preguntó Alicia.

—Es el arte de reemplazar un caballo por otro. Más vale ilustrarlo con algún ejemplo.

—El caso Hallencourt—empezó diciendo, acomodándose bien como quien se prepara para pronunciar un largo discurso—, que data del año pasado, causó viva sorpresa en todos los círculos sociales, pues un excelente caballo, había reemplazado a otro mediocre, y había corrido con el nombre y el peso del substituído.

Como es natural, había ganado, beneficiando con varios millones a los pocos iniciados que le apostaron.

Esto es bastante sorprendente, pero no poco común, puesto que anualmente, según personas bien informadas, se llevan a cabo unos 40 golpes idénticos con óptimo resultado, tanto en la capital, como en provincias...

Además, las razas, o mejor dicho, las «nacionalidades» de los caballos, permiten estas fechorías...

Por ejemplo; se sabe que un equino norteamericano corre más que uno francés, porque aquellos son parientes más próximos del «pur sang» que estos últimos y no se les permite participar sino en ciertas pruebas, y bajo condiciones especiales, en los llamados «Premios Internacionales». Las demás carreras, están reservadas a los caballos nacidos en Francia.

Entonces, ¿qué hacen los cuidadores sin escrúpulos?... Mediante un pasaporte en regla, importan un equino norteamericano que substituirá al caballo anotado...

El año pasado, una banda de maquilladores, muy lista y audaz, hizo «saltar» una asociación de bookmakers, que era considerada como invulnerable.

El asunto no terminó muy sencillamente, puesto que uno de los propietarios del caballo maquillado, al salir una noche del hipódromo de Saint-Cloud, recibió un balazo en el bajo vientre, que le ocasionó la muerte.

En los centros de entrenamientos de Enghien de Vincennes, nadie ignora que ese crimen fué cometido por una persona arruinada a causa de la victoria fraudulenta...

Pero... los días en que se corre el

Gran Premio, cuando ante las tribunas del pesaje, en que se encuentra reunido el mundo elegante, los caballos desfilan orgullosamente, antes de dirigirse a la largada, y cuando luego, en medio de la gritería de la multitud, el pelotón termina la carrera en una llegada magnífica en que los equinos hacen valer sus cualidades, entonces se olvida todo, y a pesar de todo, se exclama siempre: ¡Viva el turf!...

El largo discurso del coronel tuvo la virtud de entretener a los comensales durante la sobremesa y era bien avanzada la madrugada cuando Dan propuso la marcha.

El licor había empezado a surtir efecto. Dan no podía tenerse en pie más que a duras penas.

Alicia tuvo que servirle de apoyo y así anduvieron largo trecho, bajo la luz plateada de la luna.

De cuando en cuando, Dan se detenía para decir a Alicia alguna cosa pueril que a él le parecía importante:

—La verdad, princesa, que tú eres toda una mujer...—decía, poniéndole las manos en los hombros.

—¿Por qué?..

—No quieras que te lo diga. Hay dos clases de mujeres: tú... y la otra. Lo que pasa es que tú eres admirable y la otra... la otra... ¿Vamos a hablar de los peces de colores, princesa? O no: hablemos de otra cosa:

cuando tú te cases con un campesino gordo y colorado, ¿me convidarás a la boda?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me casaré.

—¿No piensas enamorarte nunca? ¡Haces bien!

—Enamorada ya lo estoy, Dan: yo amo a un hombre. Me da vergüenza el decirlo, pero es la verdad, Dan, ¡la horrible verdad!

Dan le tapó la boca con la mano.

—¡Calla, princesa! No me digas tonterías. ¿No ves que la luna nos escucha?

Y volublemente cambió de conversación, pero a ella le pareció que Dan, al enlazarla por el talle, para no perder el equilibrio, se apoyaba más firme y la oprimía más suavemente. También le pareció que la voz de Dan, que empezó a cantar una canción infantil, estaba emocionada. ¡Hasta habría jurado que una vez que miró a Dan vio brillar una lágrima que se desprendió furtivamente de sus ojos...

—¡Dan!—suplicó Alicia—. Ahora que estamos solos y que el vino nos tiene un poco trastornados y nos da valor para decir las cosas, quiero decirte algo.

Pero Dan se desprendió de ella y avanzó solo, cantando más fuerte.

Alicia lloró. ¿Por qué Dan no quería escucharla?

Estaban ya cerca de su humilde alojamiento. Desde lejos, Dan vio luz en la cuadra y esto le intrigó. Avivó el paso y vio ante la puerta la figura de «Blanquillo», el cual, al reconocerle, corrió hacia él consternado.

—¡Señor Dan! — le dijo—. ¡Se llevaron el caballo!

Como si no comprendiese bien lo que oía, Dan se quedó inmóvil y preguntó:

—¿Quién se lo ha llevado?

—El comisario. A eso de las once vinieron unos hombres acompañados de Pop Jones y a viva fuerza se lo llevaron.

—¿Por qué no lo impediste?

—Traían una orden del juzado. Yo no pude hacer nada.

Dan se mesaba los cabellos. Alicia al incorporarse a ellos y enterarse del contratiempo trató de consolarle, pues sabía que una reacción violenta de Dan podía ser peligrosa.

Dan, haciendo caso omiso de ella, se desasíó violentamente y echó a correr a campo traviesa.

El sabía donde eran depositados los caballos que se embargaban y allá fué dispuesto a rescatar a «Broadway Bill» a puñetazo limpio.

Llegó al departamento y sin más ni más la emprendió a golpes con el primer guardián que le salió al

paso. Este pidió auxilio y salieron dos más que lucharon con Dan hasta que entre los tres le rindieron.

Cuando ya le tuvieron bien maniatado, llamaron a la policía. Por la madrugada se lo llevaron a la delegación de policía.

—¡Ahí se le pasará la calentura! —dijo el guardia que lo llevó al calabozo.

—Oiga, guardia: dígales a los del depósito que me cuiden bien el caballo. ¡Lo necesito!

—¿Dice que necesita el caballo? ¡Vamos, hombre! ¡Mientras esté aquí, puede andar a pie! —dijo el otro encogiéndose de hombros, echando a andar corredor abajo, mientras reía.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó otro guardia que acababa de entrar.

—Que le embargaron el caballo y se volvió loco.

Vencido por el cansancio, Dan durmió unas horas en el camastro.

Hacia las doce de la mañana se presentó Alicia. Al ver a Dan a través de los barrotes de la reja, la pobre se echó a llorar.

—¿A qué viene eso, Alicia? ¿No habíamos quedado que era una mujer fuerte?

—¡Pasé una noche horrible, Dan! ¡No sabíamos dónde habías podido marchar y hasta la madrugada, cuan-

do me han dicho que estabas aquí, no estuve tranquila.

—¡Pobre Alicia! ¿A santo de qué has de pasar tantas penalidades?

—¿Qué podemos hacer?—dijo ella tratando de aparentar valor.

Dan estaba decepcionado. Los últimos sucesos le habían desalentado. Ella confesó también su pesimismo.

—Le pedí dinero a papá y me contestó que es la oportunidad de probar que puedes valerte por tú mismo.

—Tiene razón—dijo Dan, y luego añadió—: ¡Cómo se estarán riendo de mí, ahora! ¡Si yo pudiera salir de

aquí... haría... pero ¿para qué seguir soñando? ¡El destino está contra nosotros!

Alicia trató de infundirle valor, pero Dan estaba muy pesimista.

—¿Qué piensas hacer?

—Volver a las cajas de cartón. ¿Qué remedio me queda?

—¡No, Dan; eso nunca!

—He fracasado y lo más cuerdo es entregar la cerviz al yugo.

—¡Sigue luchando!

—No creo en milagros...

Dan se sentía vencido.

EL GRAN PREMIO

«Desde su propia localidad puede usted apostar a las carreras de caballos. Nosotros le depositaremos el dinero que quiera invertir a su caballo favorito. Si no le tiene, nosotros le recomendaremos el mejor caballo.»

Así rezan los anuncios. Es verdad. Ya que uno no puede ir al hipódromo, el hipódromo va a uno.

Y la gente se vuelca materialmente y apuesta su dinero, con la esperanza de verlo aumentado milagrosamente.

Brotan las agencias que da gusto y se extiende sobre los Estados Unidos formando una túpida red. Los tentáculos de ese monstruo se extienden por el país y por unos días todo el interés se concentra en el acontecimiento que va a tener lugar en el

hipódromo. Es en un hospital. Una humilde enfermera consulta en el periódico la cotización de los caballos. Quiere apostar unos dólares y vale la pena de estudiarlo bien. El ganarlos cuesta muchos sudores y hay que saber invertirlos.

—«Sallant Rady»: dos a uno... «Suez-Up»: cuatro a uno...—va leyendo la enfermera—. ¡Nadie apuesta a «Broadway Bill»! «Broadway Bill» está cien a uno—dice a su compañero.

—¡Cien a uno! ¡Qué barbaridad! ¡Debe ser una tortuga!

La enfermera tiene un gesto genial. Acaba de tomar una resolución y exclamó:

—¡«Broadway Bill»! ¡Tu destino será al mío! ¡De ese caballo saldrá

mi traje de semana santa!. ¿Qué te parece?.

—Que a lo mejor haces una tontería. Yo pongo mi fe en «Sallant Rady».

La pobre enfermera que apuesta a «Broadway Bill» no tiene un punto de descanso. Principalmente, estos días tiene a su cargo a J. P. Chase.

J. P. Chase es un hombre que se halla desde unos días tendido en una cama de la clínica con una pierna fracturada. No daríais ni cinco centavos por ese hombre de cierta edad, brusco, contantemente malhumorado. Sin embargo es el dueño absoluto de la industria química.

Ahora acaba de llamar. La enfermera hacía un gesto de mal humor, se arregla la cofia y sale diciéndo:

—¡Ese viejo me tiene loca!

El viejo, como siempre, se quiere marchar. La reclusión forzada se le hace imposible.

—¡Quiero irme ahora mismo! ¡No tengo más que una simple fractura! En este cuarto me estoy idiotizando.

La enfermera le recomienda paciencia.

—¿Por qué no se busca usted una distracción? Es lo que hacen todos los enfermos y así el aburrimiento se les hace más soportable.

—¿Cómo mata usted el tiempo? —pregunta Chase.

—Jugando a los caballos.

—¿Encuentra algún placer en eso?

La enfermera sonríe. Sus pupilas se encienden y el calor del entusiasmo colorea sus mejillas.

—El fuego enciende la sangre, excita los nervios... y nos deja sin dinero.

En el fondo, la enfermera es una humorista. Pero Chase se lo aprueba.

—Soy tan idiota como usted... —sentencia él.

—Con la sola diferencia de que usted se divierte barajando millones y yo jugando unos dólares a los caballos...

Ya está calmado. La enfermera pone las cosas un poco en orden y cuando trata de marcharse, él la pregunta.

—Oiga, señorita: ¿a qué caballo apuesta usted?

—A «Broadway Bill» porque dan cien a uno.

—¿Cuánto apostó usted?

—Dos dólares. Lo único que tengo.

El millonario busca debajo de la alhomada y saca su portamonedas del que extrae también dos dólares.

—Tome. Apuéstelos en mí nombre. Así tendré algo en qué pensar.

La enfermera coge el dinero y sale. Por el corredor encuentra a un amigo, enfermo, y le dice haciendo una mueca de desdén:

—¡El hombre más rico del mundo

apuesta dos dólares a «Broadway Bill»!

—¿No le harán falta para después?

—pregunta al otro con sorna.

La noticia se desliza por el corredor y llega al despacho de médicos.

—¡J. P. Chase juega a los caballos! Pero apuesta flojo. Creo que ha puesto 20 dólares a «Broadway Bill»

Un visitante recoge la noticia:

—Chase apuesta 200 dólares en «Broadway Bill». Debe ser un buen caballo.

Su interlocutor lo comunica por teléfono a otro amigo:

—¿Sabes lo que te digo? Que no me pongas la apuesta en favor de Sun-Up. Ponlo todo a «Broadway Bill». Chase juega 2.000 dólares y por algo será.

La noticia se extiende como un reguero de pólvora. Y cada vez va añadiéndosele un cero. 2.000... 20.000... 200.000... 250.000...

—«Broadway Bill», el caballito insignificante, ahora el preferido, al cabo de dos días.

—Recibí un telegrama. Me asusté porque creía que era de mi suegro, comunicándome su regreso. Pero es un amigo, muy ducho en las carreras, que me aconseja a «Broadway Bill».

—¡Oh, «Broadway Bill», pequeño caballo desconocido, embargado por cuenta del forraje y la estancia incómoda en el establo de Pop Jones,

llena de goteras! Tu nombre sube como la espuma. En torno de él se va formando una aurora popular. ¡Ya eres un gran nombre de carreras debido a la tontería de la gente! ¿Cuántas celebridades no levanta la estupidez de la gente, a veces con menos méritos que tu, pobre y humilde «Broadway Bill»?

El dueño del caballo Sun-Up, que era hasta el momento uno de los favoritos, está fuera de sí.

—¡Es una idiotez creer que «Broadway Bill» puede ganar!

El propietario de «Gallant Lady» también está desconcertado, porque en esta carrera preliminar—la de las cifras—su caballo está perdiendo terreno.

De pronto, llega a su despacho uno de sus informadores.

—¡«Broadway Bill» no correrá!—dice consternado.

El dueño de «Gallant Lady» no lo cree.

—Estoy seguro. Acaban de decírmelo. Su propietario está en la cárcel.

—¿En la cárcel? ¡Si nos retiran ese caballo me arruinan, me parten por la mitad. ¿Cómo se llama el dueño?

Rápidamente funcionan los teléfonos y un cuarto de hora después ya se conoce su nombre: Dan Brooks.

El propietario de «Gallant Lady» en persona va a verlo en la cárcel.

—¡«Broadway Bill» tiene que correr!—dice con ese aplomo que sólo da la convicción de que el dinero es una balanza poderosa ante la cual nada se resiste—¿Por qué retiró su caballo?

—Los acreedores, a veces, son injustos...—dijo Dan.

—¡Estoy en un aprieto! Aposté todo mi dinero a su caballo!

—¿Le vió en los entrenamientos?—dijo Dan con entusiasmo—. ¡Es un gran caballo! ¡Y me lo embargaron por la miseria de 150 dólares!

—Quiero que corra su caballo. Yo levanto el embargo y pago la multa. ¡«Broadway Bill» ganará.

Dan cree que se va a volver loco de alegría y a través de los barrotes

de la reja estrecha la mano de su protector con leal reconocimiento.

—¿Tiene jockey?—y ante un gesto negativo de Dan, añade—: Puedo proporcionarle a Ted Williams...

—¿De veras?? ¿Cómo podré pagarle tantas bondades?...

—Logrando que gane su caballo.

Al saberse que «Broadway Bill» correría definitivamente, se vuelve a cotizar. Los especuladores de carreras están alarmados.

Dos de ellos lo comentan.

—Alguien corrió la bola de que «Broadway Bill» ganaría y todos han caído.

—No es la primera vez que pasa eso...

LA CARRERA

¡Por fin llegó el día esperado! Dan Brooks no descansó un sólo momento preparando a «Broadway Bill». «Blanquillo» estaba deshecho. Alicia había vuelto a recobrar su confianza. Las cosas se ponían bien y la suerte le sonreía. Allí estaba «Broadway Bill» entre un círculo de admiradores que se apretujaban por admirarle, y «Blanquillo», consciente de su importancia, se mostraba displicente con todos. Dos o tres se atrevieron a preguntarle algo y él les volvió olímpicamente la espalda.

El hipódromo estaba lleno de bote en bote. El coronel Pettigrew, tan elegante como siempre, había invitado incluso a la señora Gibson, dejándola instalada en un sillón, mientras él paseaba su importante persona por el

paseo. Esta vez Magire iba a su lado, no disfrazado de mozo de cuadra, sino, casi tan elegante como su socio. Ambos respiraban satisfacción y cada vez que oían el nombre de «Broadway Bill» pronunciado miles y cientos de miles de veces sonreían, como si ellos tuvieran la íntima satisfacción de haber creado aquel nombre hoy célebre.

Si ellos hubieran sido más listos no habrían estado ociosos. Conociendo, como conocían las trampas del juego, debían estar más al tanto, procurando guardar a «Broadway Bill» de cualquier emboscada.

Habrían visto, por ejemplo, como antes de presentarse el jockey que debía conducir a la victoria de «su» caballo, tenía una conversación se-

creta con el propietario de «Gallant Lady» y se comprometía formalmente a hacer perder a «Broadway Bill».

Minutos antes de la carrera se presentó el jockey a Dan.

—Este es el caballo—dijole acariciándole suavemente.

—Dicen que es muy nervioso—indicó el jockey.

—Eso ya le pasó. Está bien entrenado y no le tiene miedo a nada—aseguró «Blanquillo».

Allí, sobre uno de los pilones que separaban los caballos, estaba «Mosquito», al que de cuando en cuando, «Broadway Bill» dirigía miradas de inteligencia. «Mosquito» quería encaramarse al lomo del caballo, ya ensillado, pero no le dejaban.

Dan habló unas palabras con Williams, dándole los últimos consejos.

—No le refrene, sobre todo. ¡Se desespera cuando no le dejan correr!

Dieron el aviso y los caballos salieron a dar su acostumbrado paseo. La presencia de «Broadway Bill» en la pista fué saludada con un rumor unánime.

Dan fué a buscar a Alicia, que había querido presenciar la carrera. Estaba extraordinariamente nerviosa.

Dan también, aunque trataba de disimularlo.

Pocos momentos después, Dan volvió a dejar a Alicia. Los caballos estaban esperando el momento de alinearse y sus propietarios siempre tenían que decir algo a sus jockeys.

El hipódromo estaba brillantísimo, ocupado por un gentío entusiasta, venido de todas partes para presenciar el magno acontecimiento.

Eran en su mayoría los jugadores ingenuos que apuestan su dinero creyendo de buena fe en la pureza del juego.

Había también, mezclados con el abigarrado conjunto, los eternos vividores que hacen del deporte un motivo de explotación. Son, por lo corriente, los que están propiamente interesados con los caballos, los que conviven con sus cuidadores y corredores, conocedores de las probabilidades de cada caballo, con lo que pueden jugar sobre seguro.

Los peores, sin embargo, son aquellos que sobornan a los jockeys, los que deciden a veces la suerte de una carrera a fuerza de dinero, valiéndose de procedimientos innobles. Los intereses de cada uno están en pug-

na con los de sus contrincantes, y encuentran justo, en cierto modo, que cada cual trate de defender lo suyo.

Alicia se acercó al grupo que formaban el jockey, Dan y «Blanquillo», que llevaba al gallo, para infundir ánimos a «Broadway Bill». Acarició su cuello y le dijo al oído:

—Vamos, «Broadway Bill»: Olvida que has tenido fiebre. Ya el veterinario te dió de alta. Nos sacarás de este aprieto, ¿verdad?

Dan decía al jockey:

—No pierda de vista a Sun-Up, el número cinco. Es el único que me preocupa. No le tema a nadie.

Cada cual daba sus consejos.

—¡Gallant Lady tiene que ganar!

—¡No olvides que Gallant Lady tiene que perder!

—¡Si ganas te regalaré tres mil dólares!

El jockey de Dan estaba pensativo. Momentos antes, el dueño de Gallant Lady le había hecho las últimas amonestaciones en un tono que a él le pareció amenazador:

—¡No hay excusa posible! ¡Tienes que perder!

Dan seguía aconsejándole:

—Si se le atraviesa, no se preocupe y dé la vuelta, que Bill siempre será el primero. Y ya sabe lo que le dije: ¡necesito ganar esta carrera! ¡Mi porvenir depende ahora de usted! No le digo más. Buena suerte.

Alicia y Dan se pusieron junto a la barrera, frente a la salida.

Los caballos ya estaban alineados y el juez iba a dar la señal.

—¿Por qué tiembles?—dijole Alicia.

El se sobresaltó como quien se ve sorprendido en flagrante delito.

—¿Quién está temblando?

A muchos kilómetros del hipódromo, en el gran salón de la residencia de Higgings, toda la familia se hallaba reunida. El «Emperador» estaba sentado en el sillón más cercano a la radio. Nadie hablaba. Todos estaban pendientes de la transmisión de la carrera del Gran Premio.

—¡El hipódromo está lleno! ¡Qué admirable espectáculo! La pregunta general es: «¿Quién ganará?» Hasta hace poco, Gallant Lady era la favorita, pero un potro desconocido le quitó el puesto. ¡Ayer daban 100 a 1 a «Broadway Bill» y hoy sólo 6 a 1.

Higgings dijo a Margarita, en voz baja:

—Si Dan gana la carrera no vuelve, ¿verdad?

Margarita se encogió de hombros y su rostro se ensombreció. Le parecía de mal gusto la pregunta de su padre.

En el hipódromo, entre los miles de almas que lo llenaban, era difícil que dos personas pudieran encontrarse, pero después de andarle buscando toda la tarde, el coronel pudo, al fin, a última hora, encontrarse con Dan.

—Estoy en un aprieto—dijo Pettigren—. ¡Si Bill pierde, tendré que casarme con la patrona!

Ante la extrañeza de Dan, Magire explicó:

—Es que Edna Gibson le hizo firmar un contrato.

—Pero lo malo—agregó el coronel—es que estoy casi casado con otra patrona a quien debo más que a ésta.

No obstante lo nervioso que estaba Dan, Magire le puso más todavía, diciéndole:

—No sé, pero me parece que el que apueste a su caballo, es porque cree en cuentos de hadas.

Alicia fulminó al importuno con una mirada que les hizo marchar a los dos rápidamente.

—No les hagas caso—dijo Alicia oprimiendo entre las suyas una mano de Dan.

—Si pierdo volveré a Higgingsville—dijo él resignadamente.

—¡Ganaremos, Dan! ¡Ganaremos!

Dieron la salida. Los caballos salieron de estampía como flechas. En el hipódromo brotó un clamor general. La gente, de pie, con el corazón en un puño, empezó a seguir las incidencias de la lucha.

Entre el clamor general, predominaba la voz gangosa de los altavoces que simultáneamente transmitían a todo el país las incidencias de la formidable lucha.

Se apiñaba la multitud enardecida contra las vallas, a lo largo de toda la pista. Sus gritos estentóreos enardecían a los caballos. Se empujaba la gente frenética, pisoteándose, en tanto que unos y otros hacían comentarios.

—¿Quién ganará?—decía uno con cara de paleta.

—¡Broadway Bill! ¿No lo ves?

Dan y Alicia habían quedado comprimidos entre la muchedumbre. Uno le dijo a Dan:

—¡Si no apostó a «Broadway Bill», despídase de su dinero!

Alicia le miró y le oprimió la mano con fuerza. Ambos sonrieron.

Un poco más lejos que ellos, la avalancha de la gente había inmovili-

zado entre las barreras al coronel y a su amigo.

—¿Jugó usted?—le preguntó Magire por primera vez.

—Yo sí, ¿y usted?

—Yo también.

—¿A quién?

—A «Gallant Lady».

—Yo también.

—¡Claro!

LA VICTORIA

En la mansión de Higgings nadie hablaba. Seguíanse las incidencias de la carrera a través de la radio.

Higgings mascaba su puro, y de cuando en cuando, lanzaba una bocanada de humo como la chimenea de un vapor.

De pronto se volvió hacia la puerta y le hizo una seña al mayordomo. Este se acercó inclinándose respetuosamente para recibir la orden.

—¿Hay whisky?

El mayordomo se quedó asombrado. Era la primera vez en su vida que el señor Higgings le hacía semejante pregunta.

—No, señor... Como...

El Emperador no le dejó terminar:

—Pues manda comprar una bote-

lla. Yo no sé por qué no hay whisky en la casa...

Los yernos cambiaron una silenciosa mirada con sus respectivas esposas. Evidentemente, el viejo se había vuelto loco.

Los doscientos mil espectadores del hipódromo seguían rugiendo. La carrera estaba en el período más emocionante. Después de una salida en grupo, «Gallant Lady» se había puesto a la cabeza. Le seguían Sum-Up.

«Broadway Bill» estaba evidentemente mal colocado.

—¡Lo está frenando! ¡Lo está frenando!—gritaba Dan viendo la maniobra del jockey.

«Broadway Bill», en efecto, no podía correr. Su jinete le cruzaba las

bridas con tal fuerza, que le era imposible dar todo su rendimiento. Estaba muy retrasado.

La gente estaba decepcionada.

—¡Otro caballo que falló!

Dan saltó la valla, atravesó la pista y se colocó en el lado opuesto..

Cuando pasaron los caballos como flechas, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡No le frene!

De pronto se vió como el noble caballo, haciendo un esfuerzo enorme, empezó a ganar terreno.

El público, que tenía puestos sus ojos en el caballo prorrumpió en gritos.

¡Ahora avanza «Broadway Bill»!

Era como una tromba. Los caballos que le habían pasado veíanle ahora adelantarse, como si sus piernas fueran alas. Los jinetes sentíanse impotentes para contener su marcha avasalladora.

El speaker anunciaba:

—«Broadway Bill», que iba tan postergado está haciendo la carrera más brillante que ojos humanos han visto. Ahora está pasando a «Bonita»... Ahora deja atrás a «Uzcudun»... Ya le está pisando los talones a Sun-Up!... Ya le pasa!

Los jinetes de «Sun-Up», «Gallant Lady» y «Broadway Bill» estaban conchavados.

—¡Atrás! ¡Atrás!—gritaba el de «Sun Up».

—¡No puedo! ¡No me obedece!—decía el jockey de Bill.

Y hacía inauditos esfuerzos para detenerlo, pero «Broadway Bill» sentía por instinto la necesidad de correr y volaba como el viento.

—¡«Broadway Bill» va a la cabeza! ¡Cómo corre ese caballo!—decía el speaker.

El público prorrumpía ahora en gritos de admiración.

Dan estaba tan emocionado que lloraba como un chiquillo.

Se corre la última vuelta. El público, de pie, rugía. Un clamor unánime se elevaba al cielo:

—¡Broadway! ¡Broadway! ¡Broadway!

¡Ya llegaba «Broadway Bill» a la meta! Iba más de un cuerpo destacado de su inmediato seguidor!

Un griterío frenético le acompañaba en estos últimos momentos, cuando, de pronto, ese clamor de victoria, se convirtió en un rugiente grito de horror: «Broadway Bill» había caído al pasar la meta.

Dan corrió como un loco. El caballo había quedado inmóvil y el jockey, unos metros más allá se revolcaba, herido, por el suelo. Los de la ambulancia lo recogieron en seguida y se lo llevaron.

Dan se arrodilló ante el caballo.

Estaba muerto. El público se arremolinó en torno de ellos y lo contemplaban en silencio. A duras penas, Alicia pudo abrirse paso y se abrazó a Dan. Ambos lloraban como chiquillos.

—¡«Broadway Bill» cayó después de haber cruzado la meta y ganado la carrera!—anunciaba el speaker.—¡Hizo un esfuerzo tan grande, que sucumbió víctima de su noble ambición!

«BROADWAY BILL»

Al día siguiente, «Broadway Bill» recibió sepultura en el mismo sitio donde había sucumbido.

Fué una sencilla y emocionante ceremonia. Todos los caballos y jockeys que haban participado en la carrera se hallaban formados. El cuerpo de «Broadway Bill» aparecía envuelto en un paño oobscuro.

En el momento de depositarlo en el hoyo, el director del Hipódromo pronunció unas sentidas palabras:

—El ganador del Gran Premio, «Broadway Bill», será enterrado donde obtuvo su primera y última victoria. ¡Su noble espíritu nos acompañará siempre! Su muerte, fué un acto de valor y de lealtad que debe ser estímulo para todos los que luchan por la victoria. Una lección co-

mo esta, no debe olvidarse nunca porque hasta un caballo, en un momento, puede llegar a ser un símbolo.

Después de recibir sepultura, la comitiva desfiló silenciosamente.

Dan y Alicia se apartaron del grupo y atravesaron solos la larga pista.

—Bueno, Dan: todo ha terminado—dijo ella con voz compungida.

—Sí... Ya es hora de que tu vuelvas a Higgingsville.

—¿Y tú?

—Yo seguiré mi camino. Mi vida ha cambiado. Ahora debo empezar de nuevo. ¿Tú crees que yo podría volver a amoldarme a la vida de allí? Lo probé y no me salió bien. Traté de adaptarme pero no me fué posible.

—Es verdad—reconoció ella triste-

mente—. Tú tienes alas y allí no se puede volar.

En dirección opuesta se acercaba a ellos lentamente una persona: era el viejo Higgings.

—Ahí viene papá—dijo Alicia.

Se acercó a ellos y se saludaron.

—¿Margarita no vino con usted?—preguntó Dan.

—No; espera que volverás a casa, ya que «Broadway Bill» no existe.

Dan apretó los dientes con rabia.

—Para ella... y para todos ustedes, esto ha sido una especie de triunfo, ¿verdad? Pues yo no voy a volver allí.

El emperador frunció el entrecejo:

—Será muy difícil que Margarita te acompañe. No quiere salir de Higgingsville. Me encargó que te lo dijera así.

—Creo que será lo mejor para ambos. ¡Que cada cual siga su propia vida!

—Tal vez tengas razón.

Alicia no dijo una sola palabra. Lloraba tristemente, con desconsuelo, porque estaba presenciando la muerte, el fin fatal, de la primera ilusión de su vida, una ilusión amasada con un amor secreto e imposible...

Su padre se la llevó tratando de consolarla.

Y allí se quedaba Dan, en la sole-

dad desolada de la pista, en la que ya no brotaba el clamor triunfal de la víspera, envuelto en silencio y tristeza, con frío en el alma...

*
**

Ha transcurrido un año. Un invierno ha pasado sin que nada alterase en lo más mínimo la vida indiferente y mecánica de Higgingsville y la gente de allí.

El monumento sigue en pie y el viejo Higgings sigue dominando con férrea voluntad. Sus negocios siguen prosperando. Sus yernos siguen vegetando a remolque suyo.

La vida allí transcurre como en un apacible remanso. Del rebelde, del único rebelde que ha habido en Higgingsville ya no se sabe nada. Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra. Ya nadie se acuerda de él.

Es decir; nadie, sí: Alicia aún guarda su recuerdo inolvidable en lo íntimo de su corazón, y lo venera y sigue amándole en secreto. Pero su nombre no sale a flor de labios.

Margarita pudo olvidarle fácilmente. Se le concedió el divorcio, con todos los pronunciamientos favorables y ya no se acordó más de él.

El viejo Higgings está ya un poco hastiado de la vida. Ya nadie le hace la contra. Esto lo enerva. El es, fundamentalmente, un hombre de lucha y en la sumisión absoluta no hay ese espoleo que sólo engendra la lucha. A él le gustaría refirir con alguien, que le pusieran obstáculos... Con gusto, le gustaría volver a tener la fábrica de cartón—que finalmente traspasó—aunque se perdieran muchos cuartos, pero tendría el gusto de discutir con alguien, con Dan Brook, o con una especie de Dan Brook que se quisiera casar con Alicia, la hija disponible.

Siguen celebrándose los consejos, pero ahora no hay en ellos ningún incentivo. Los yernos siguen llegando con puntualidad; las cuentas están en orden y cada balance se liquida con un superávit fantástico, que no permite la más ligera discusión... La vida es aburrida...

Esta noche, como otras tantas, el consejo se halla reunido en pleno. Por excepción, esta noche hay un poco de espectación: Margarita trata de oponerse a la inexplicable conducta de su padre, que va cerrando uno a uno todos sus negocios.

—¡Cuando me divorcié, vendiste la fábrica de cartón y ahora quieres traspasar la fundición!

—Y después pienso vender el banco.

—Sí, todo lo has vendido.

—¿Aquí, quién es el dueño?—brama furioso el emperador—¿Quién manda aquí? ¿Yo o vosotros? Devolveré esas empresas a quienes trabajaron para fundarlas.

—¿Y qué será de nosotros?—pregunta uno de los yernos.

—Busquen trabajo en otra parte. ¡Quiero yernos que luchen por sí solos, hombres como...

Un gran estrépito de cristales rotos como si alguien los apedrease desde la calle, le corta la frase. Después se oyen los insistentes bocinazos de un auto.

Se miran unos a otros consternados. Pasada la primera impresión, el semblante de Alicia se ilumina.

—¡Dan! ¡Dan!—exclama.

Todos la miran con estupor.

En este momento, aparece el mayordomo. Viene despeinado, con los puños fuera del frac y el faldón de la camisa también fuera: viene hecho un desastre y se acerca al señor Higgings, balbuceando:

—El señorito Broooks me manda a decir que pongan en libertad a la princesa.

Alicia se levanta alborozada dispuesta a correr al encuentro de Dan.

El señor Higgings quiere imponer su autoridad, pero ella no le hace caso.

Su cuñado Raul, exclama:

—No serás tan idiota como tu hermana.

—¡No—exclama Alicia—, porque ella se lo dejó perder, y yo no!

Y Alicia sale como una flecha.

Nadie se ha movido. El señor Higgins aún no ha dado su permiso. Se miran unos a otros en silencio.

El viejo se levanta y abre lentamente el balcón.

Abajo, en la plazoleta del jardín, hay un auto parado. Hace una hermosa noche de luna y el viejo Higgins lo distingue todo perfectamente. En el asiento delantero del coche está Dan—¡el maldito!—y en este momento tiene fuertemente abrazada a Alicia.

—¡Alicia!—grita Higgins escandalizado.

Pero Alicia no se mueve. La princesa no puede moverse porque se halla prisionera en la cárcel de unos tiernos brazos cariñosos, ni puede contestar, porque sus labios se hallan cerrados, aprisionados por otros labios...

—¡Alicia!

Higgins mira hacia el interior. En torno de la mesa, las tres hijas, sus dos yernos, con la misma cara de siempre. Echa una mirada al salón. Es el mismo de hace cincuenta años; nada ha cambiado y todo permanecerá igual hasta su muerte, hasta después de su muerte, ¡por toda la eternidad!

—¡Tengo otro caballo magnífico!—oye exclamar a Dan.

Vuelve los ojos afuera: el campo sin límite, siempre variado, el cielo inmenso, la libertad, lo imprevisto, la inquieta seguridad de no saber nunca lo que vendrá después, la renovación constante...

Ahora Dan y Alicia lo miran sonrientes. Los ve felices, dispuestos a emprender por su cuenta ¡contra su voluntad! ese bello viaje a lo imprevisto.

El motor empieza a trepidar.

Y súbitamente, tomando la decisión más heroica de su vida, el emperador Higgins levanta el brazo y grita estentóreamente:

—¡Esperaos! ¡Voy con vosotros!

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NÚMERO:

OJOS NEGROS

Novela sentimental donde la ingenuidad de un amor encantador y el sublime sacrificio de un padre, hace que esta obra llegue al alma, con una dulce espiritualidad y una conmovedora humanidad.

Creación de los eminentes artistas

Harry Baur
Simone Simon

Exclusiva UFILMS

¡No lo dude!

Los mejores títulos, por los
más grandes artistas de las
más famosas marcas

Siempre en

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.... ¡CLARO!

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA peseta el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

DON JUAN DIPLOMATICO	Celia Montalván
EL EMBRUJO DE SEVILLA	María Ladrón de Guevara
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonic Moreno
SU NOCHE DE BODAS	Imperio Argentina
UN CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	Ernesto Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena d'Algy
LOS QUE DANZAN	Antonio Moreno
LA DAMA ATREVIDA	Ramón Pereda
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
MERCEDES	Carmelita Aubert
MELODIA DE ARRABAL	I. Argentina - C. Gardel
EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
ESPERAME	Carlos Gardel
UNA VIDA POR OTRA	Nancy Torres
DOCE HOMBRES Y UNA MUJER ...	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno - L. Tovar
LA DOLOROSA	R. Díaz - Agustín Godoy
TRES AMORES	Mona Maris - J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD ...	R. Rodrigo - A. Palacios
DALE DE BETUN	Juan de Landa - A. Colomé
EL DESAPARECIDO	Rambal - Trini Moren
EL TANGO DE BROADWAY ...	Carlos Gardel
LA ULTIMA CANCION	Antonio Ortiz

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

SELECCION FILMS DE AMOR

■ ■ 36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - 50 céntimos ■ ■

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Kathe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Joel Mac Crea.
ESTUPEFACIENTES	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER DESNUDA	Florelle.
NOCHES DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francell.
VERONICA (La florista)	Franziska Gaal.
LUCES DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Franziska Gaal.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIBELUNGOS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Jean Kiepura.
EL DIAMANTE ORLOW	Ivan Petrovich.
EL ZAREWITSCH	Martha Eggerth.
QUICK MI CLOWN	Lilian Harvey.
AEROPUERTO CENTRAL	Richard Barthelmes.
DOBLE SACRIFICIO	John Barrymore.
CASADOS Y FELICES	Henry Garat.
EL PEQUEÑO GIGANTE	Edward G. Robinson.
TARASOVA	Tarasova - I. Chuvelev.
RUMBO AL CANADA	Albert Prejean.
QUE SEMANA	Adolphe Menjou.
ESCANDALOS ROMANOS	Eddie Cantor.
SATANAS	Boris Karloff.
EL MODO DE AMAR	Maurice Chevalier.
ILUSIONES DE GRAN DAMA	Kate de Nagy.
UN CRIMEN EN LA NOCHE	Madeleine Soria.
MASCARADA	Paula Vessely.
EL ARRABAL	Wallace Beery.
DESFILÉ DE PRIMAVERA	Franziska Gaal.
MIA SERAS	Mae Clarke.
MARIA LUISA DE AUSTRIA	Paula Vessely.
EL PELIRROJO	Robert Lynen.
GUILLERMO TELL	Conrad Veidt.
REY DE REYES	H. Werner.

Producción nacional y filmadas en español

SAGRARIO	Ramón Pereda.
EL TREN DE LAS 8.47	Acuaviva-Alady.
GUILLERMO TELL	Conrat Veid.
PATRICIO MIRO UNA ESTRELLA	Antonio Vico.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

CANCIONERO

(El primero en su género
y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 30 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentina
Azucena Maizani
Goyita Herrero
Inesita Pena
Carlos Gardel
Agustín Irusta
Irusta, Fugazot, De-
mare
Eduardo Bianco
Giliberti
Mario Visconti
De Val
Magaldi, Noda
Tania - Discépolo
Spaventa

FILMS SONOROS

Jeanette Mac Donald
Lilián Harvey
Marlene Dietrich
Janet Gaynor
Meg Lemonnier
Carmelita Aubert
Jean Kiepura
José Mojica
Roberto Rey
Charles Farrell
Henry Carat
Isabelita Pradas "Se-
ñorita Voz 1935".

TENORES

Hipólito Lázaro
Miguel Fleta
Emilio Vendrell

TIPLES

Enriqueta Serrano

BARITONOS

Emilio Sagi-Barba
Marcos Redondo
Eduardo Brito

BAJOS

Pablo Gorgé

VEDETTES DE RE- VISTA

Celia Gámez
Olvido Rodríguez
Margarita Carbajal
Laura Pinillos
Conchita Leonardo.

EXCENTRICOS

Blanca Negri
Ramper
Alady
Lepe

TONADILLERAS Y COUPLES

Raquel Meller
Mercedes Serós
Elvira de Amaya
Luisita Esteso
Conchita Piquer
Estrellita Castro
"La Yankee"

CANTE JONDO

Canalejas
La copla andaluza
Custodia Romero
"Argentinita"
Rosarillo de Triana
Niño de Marchena
Angelillo
Lola Cabello

JOTAS ARAGONESAS

Felisa Galé.

RUMBAS Y CANTOS CUBANOS

Josefina Baker
Elsie Bayrón
Alberto H. Ribera

CANCIONES MEJICANAS

Lupe Rivas Cacho

CANCIONES AMER- ICANAS Y DE JAZZ

Trini Moren
Steffi Duna - Don Al-
varado

ORQUESTAS

Orquestina Planas

CANCIONES FRIVOLAS (No aptas para señoritas).

Olimpia de Córdoba
La Fornarina

PEDIDOS A **Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del
porte en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.

300

EDITORIAL
"ALAS"

UNA peseta